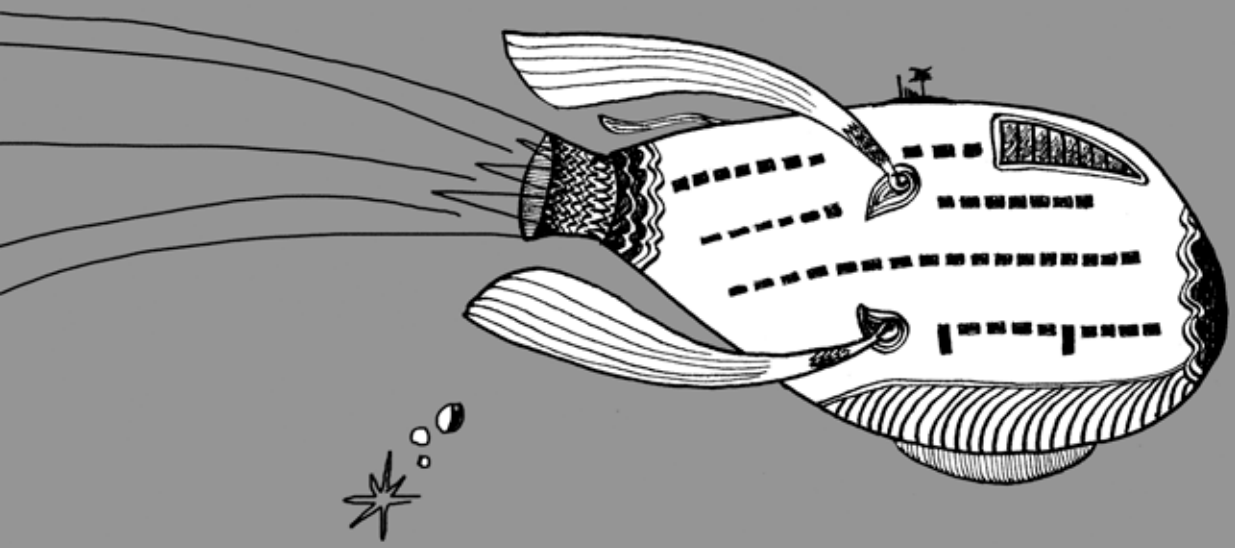
MANO IZQUIERDA EDITORES

Mis Primeros Conocimientos de

LA COLISIÓN DE LA VÍA LÁCTEA CON ANDRÓMEDA

TEXTO E ILUSTRACIONES DE
Hammurabi



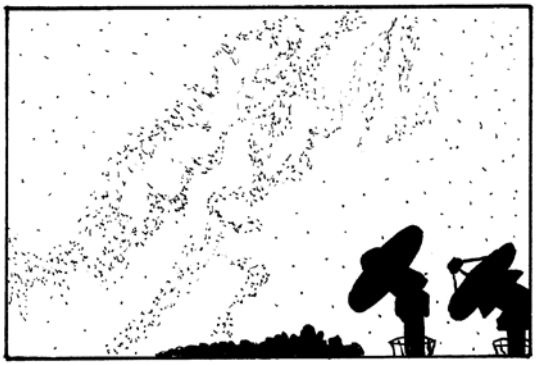
Mis Primeros Conocimientos de
La colisión de la Vía Láctea con Andrómeda
Hammurabi

Texto e Ilustraciones del autor.

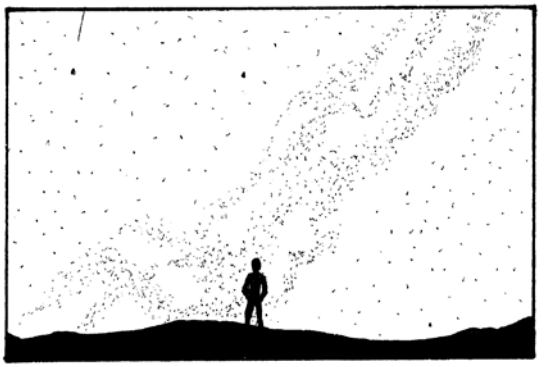
Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores

Circa, 2024
Lima, Perú.

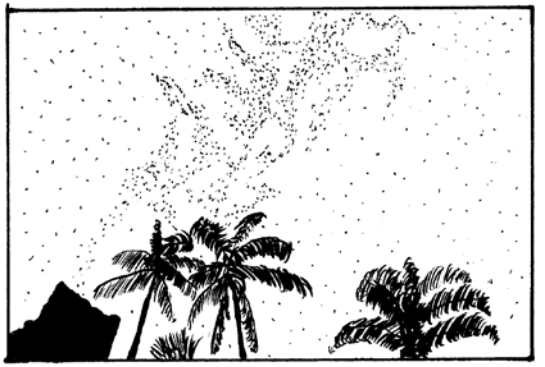
1. Contemplando el cielo



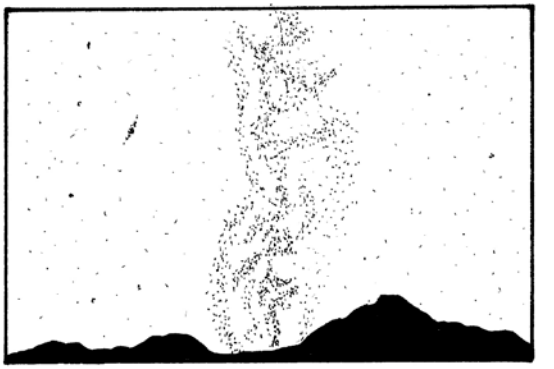
Al principio solo se vería lluvia de meteoritos y explosiones lentas de los gases,



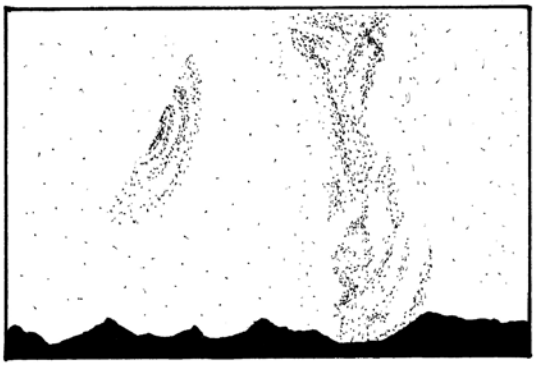
nada de qué alarmarse, habría muchos años de sobra para armar la última nave



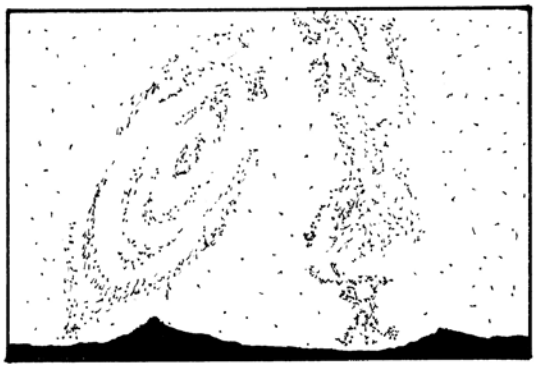
para evacuar a todos los human-exs de la antigua vivienda de todos, la Tierra,



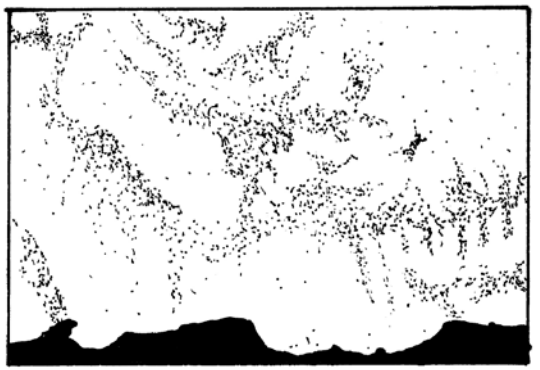
hoy enfriada debido a la enana roja que daba cada vez menos calor, pero



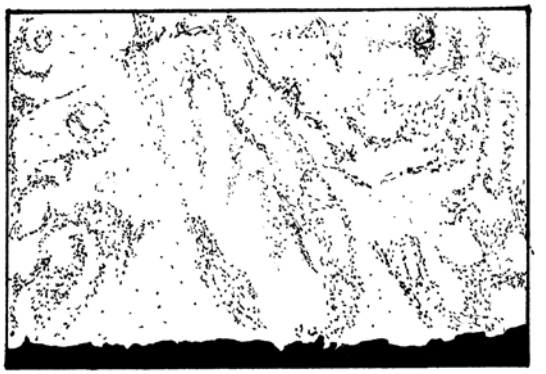
con los preparativos de hacía siglos, se establecieron colonias de los human-exs



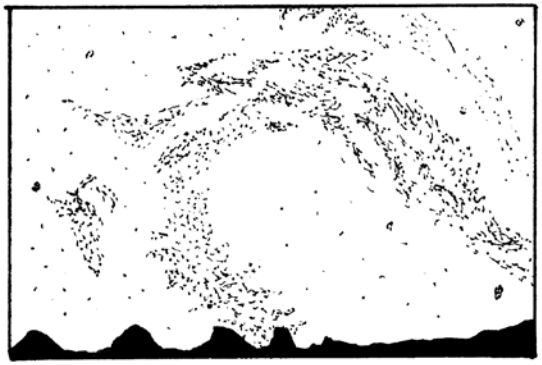
en otros planetas y lunas con las mínimas condiciones de vivienda superadas...



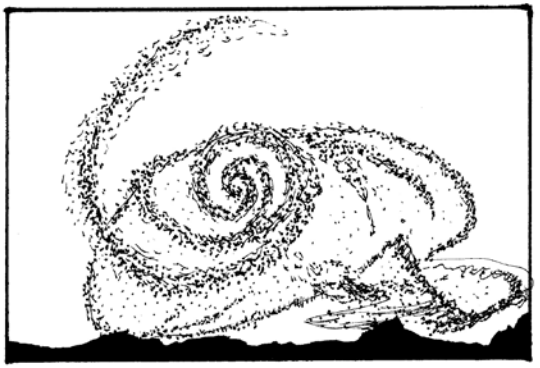
Otros se embarcaron en viajes de solo ida para establecerse en planetas más lejanos



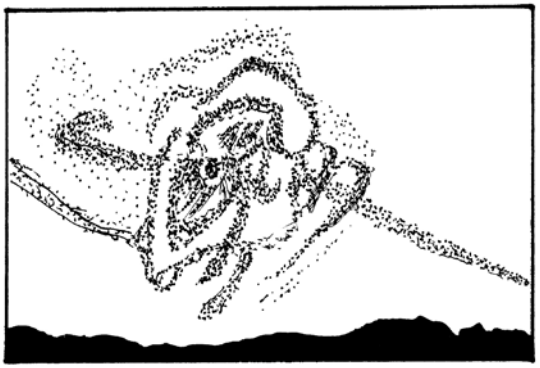
de los que ya no sabremos nada de ellos. Nuestro hogar, nuestra galaxia se está



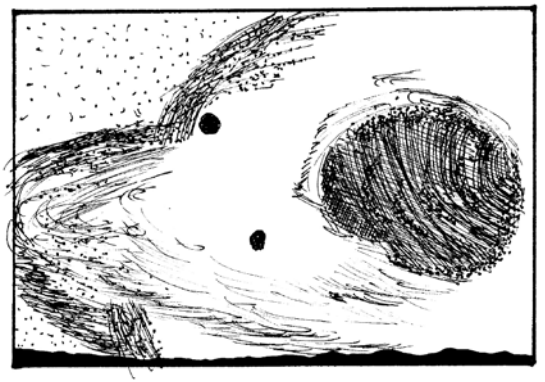
desintegrando, pero a nadie le genera nostalgia, todos estábamos avisados desde que



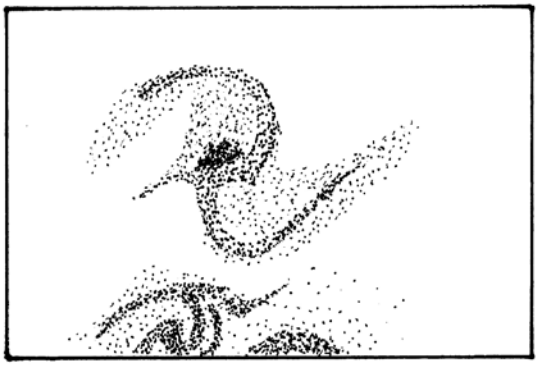
nacimos que eso pasaría y sería inminente. Todos los que seguimos hasta aquí,



hemos aprendido a valernos por sí solos, aún en la distancia, en la soledad...



Algún día será que alguien fotografíe lo que será la nueva galaxia inhabitable:

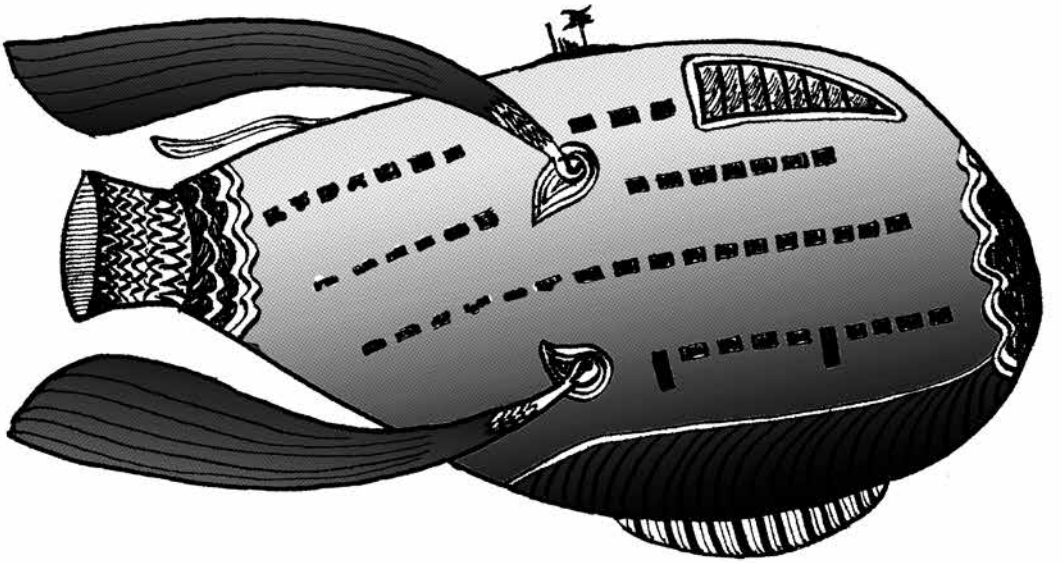


Lactómeda.

Todos estaremos dispersos en la extensión inabarcable del universo, lejos de casa.

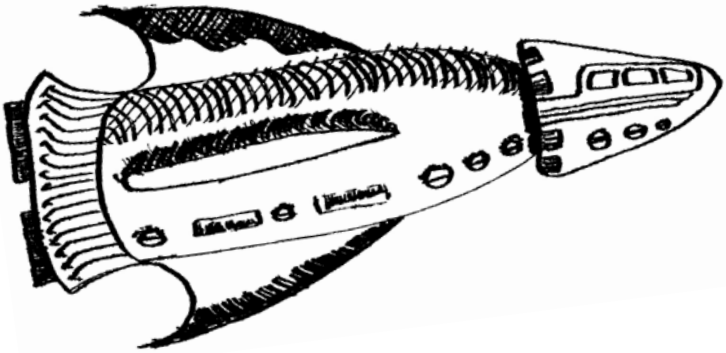
Vendrá el día que alguien se interese por la historia galáctica y pueda volver a una

Lactómeda habitable, con planetas y soles brillantes, con el calor necesario para formar un nuevo hogar civilizable.



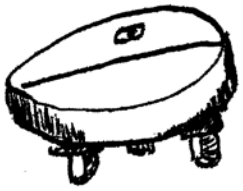
2. Los últimos en irse en la última nave construida.

Los que volaban en la última nave que despegó de la Tierra era todo el personal dedicado a la construcción de naves. Lo dejaron todo, herramientas, maquinaria, materias primas. Todo debió quedarse ahí en el olvido, la nave se hizo en pocas semanas y luego de pasar las pruebas, reforzar lo que había que reforzar y habilitar más lugares para pasajeros, debido a que era su gloriosa y última obra para tripular por el espacio. Ninguno se quedaría en la estación. El sistema de conteo y monitoreo en tierra se automatizaría y ninguna mano de obra humana quedaría. Eso sí, llevaban consigo los archivos de planos y proyectos desarrollados, sistemas integrales y tantos otros elementos que no ocasionaran peso mayor para la nave, además del equipaje de

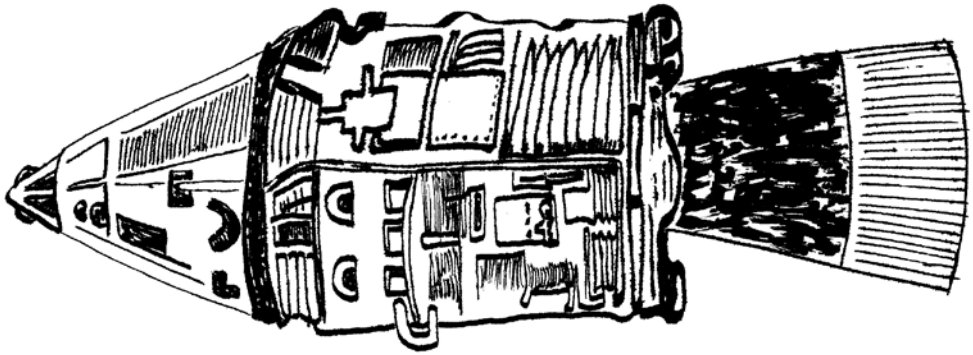


cada empleado y priorizar una que otra máquina, imprescindible para la construcción de futuras naves en el exo-planeta que les tocaría trazar la ruta para dirigirse hacia allá. Prácticamente lo dejaron todo, hángares, prototipos, maquetas, escalas, lugares de pruebas, etc.

Décadas atrás, mientras estuvieron operativos, recibieron una cantidad ingente de solicitudes cada año para la construcción de naves, cada vez más grandes. Debieron atender todos y cada uno de los pedidos. No podían dejar a nadie atrás, debido a que en unos cuantos años la Tierra se vendría abajo. A la par que construían prototipos cada

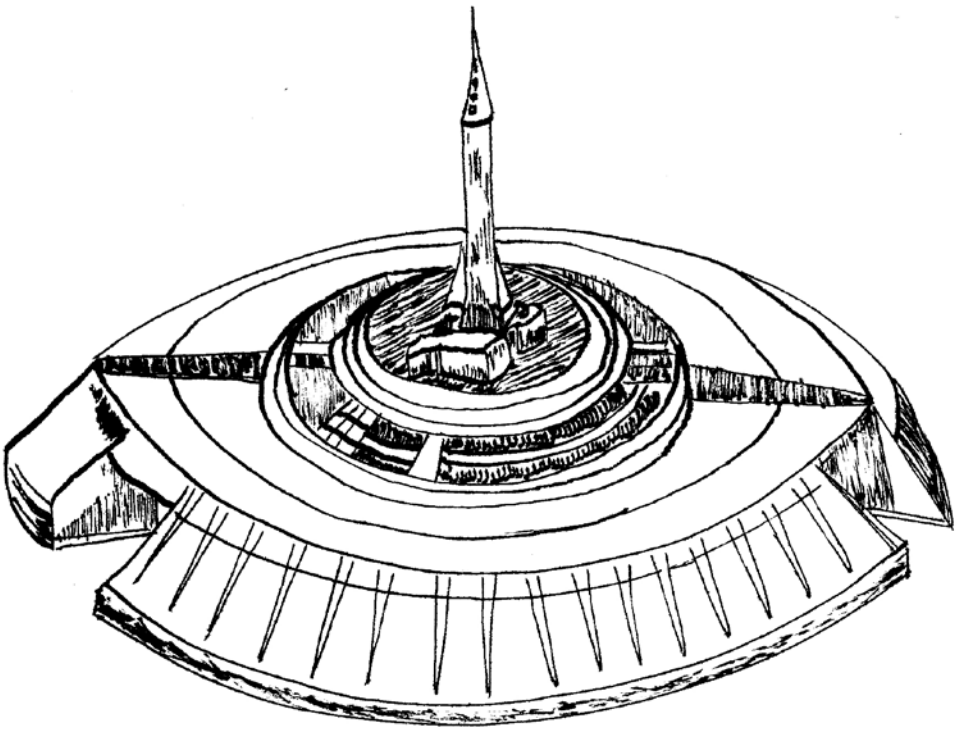


vez mejorados conforme pasaban los modelos y años, iban construyendo el suyo propio, con el que considerarían la última nave, para ser ellos sus propios tripulantes y dejar el planeta antes de su destrucción completa. Construían naves de todos los tamaños y colores, con una fuerza de mano obrera y robótica trabajando a la par, acelerando procesos y mejorando la calidad y protección de las mismas. Lo más solicitado eran los cohetes que requerían mucho combustible a la hora del despegue desde la Tierra, pero que una vez en el espacio, apenas llevaban lo necesario compactado, para llegar a su



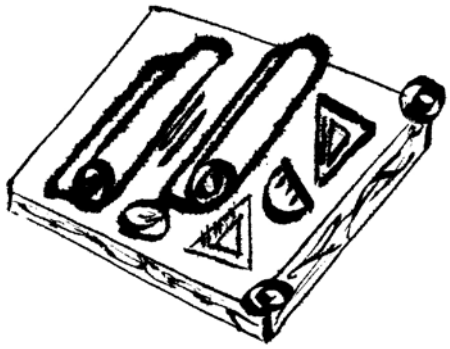
destino, por lo general colonias lunares cercanas y alguno que otro exoplaneta lejano.

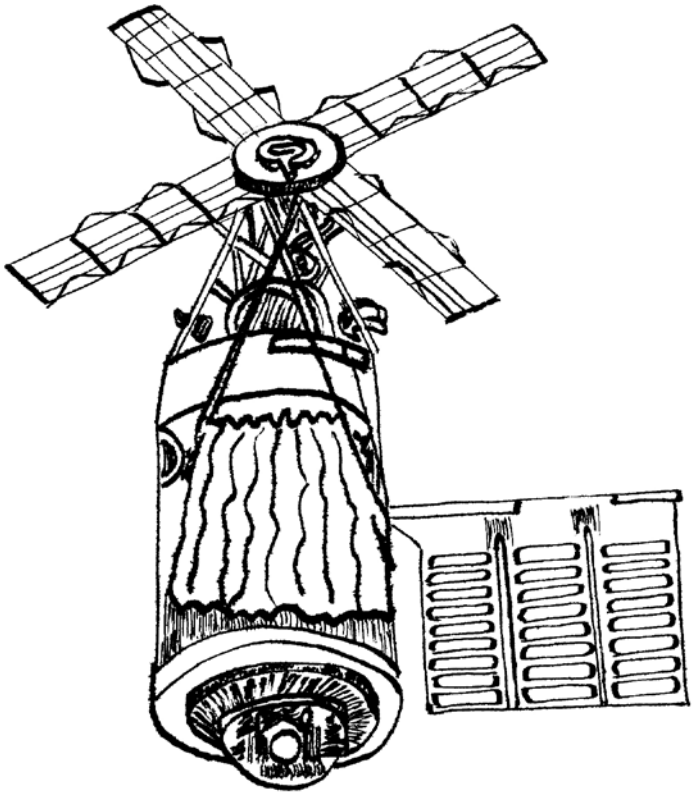
En los años previos a la destrucción de la Tierra, se podía contabilizar a diario entre cinco a 10 cohetes y naves despegando del suelo para ya no volver nunca más. Muchos que aún no habían separado vuelo o pensar en la posibi-



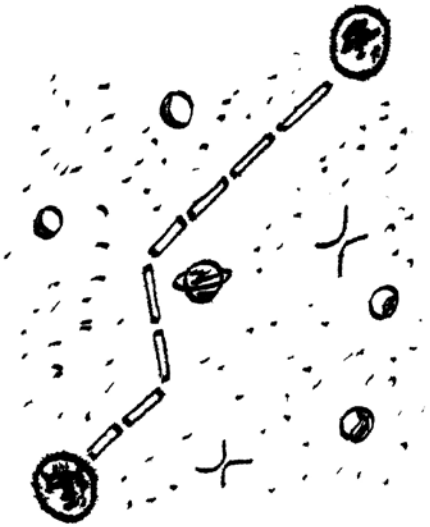
lidad de salir del planeta, soñaban con ser ellos mismos los pasajeros que dejaban el planeta. Sueño que se volvería realidad, sea mediante nave o teletransportación en los meses cercanos al día anticipado del inicio de la destrucción total. Los trabajadores de la planta que marcaban una media de cada cinco horas botar un nuevo cohete o nave, debido al trabajo frenético e imparable, tenían su asiento asegurado. De sus familiares se encargaron de enviarlos cuanto antes, debido a los jugosos sueldos recibidos por su incansable labor, que lo convertían a créditos digitales y con ello pagar el pasaje de ida de sus amados seres. Muchos de ellos los enviaron al mismo exoplaneta al que luego llegarían con la denominada última nave.

Cierto modelo de cohete que requería grandes depósitos de combustible, sus tanques eran reutilizables. Lo que variaba era el diseño de las cabinas, para cierta cantidad de pasajeros con sus respectivos equipajes y todo el sistema en asiento para permanecer en letargo hasta llegar al lugar de destino. Una vez despegado el cohete, y desprendido los tanques, éstos eran teledirigidos para llegar a la base sin impacto o novedad alguna y asimismo reutilizarse al cabo de pocas horas, proveyéndole nuevo combustible.

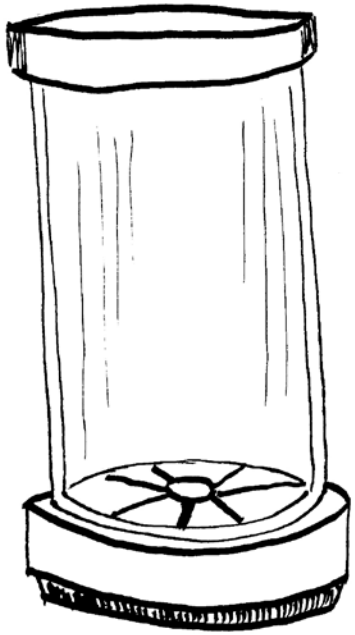




Décadas atrás, parecía un lujo esto de ir en un vuelo espacial. Con el paso de los años y la amenaza inminente, se abarataron costos e incluso se volvió prioridad salir del planeta cuanto antes. Todos debían evacuar como sea. Pero nunca faltaron los reacios a toda medida de escape y se entercaron a quedarse,

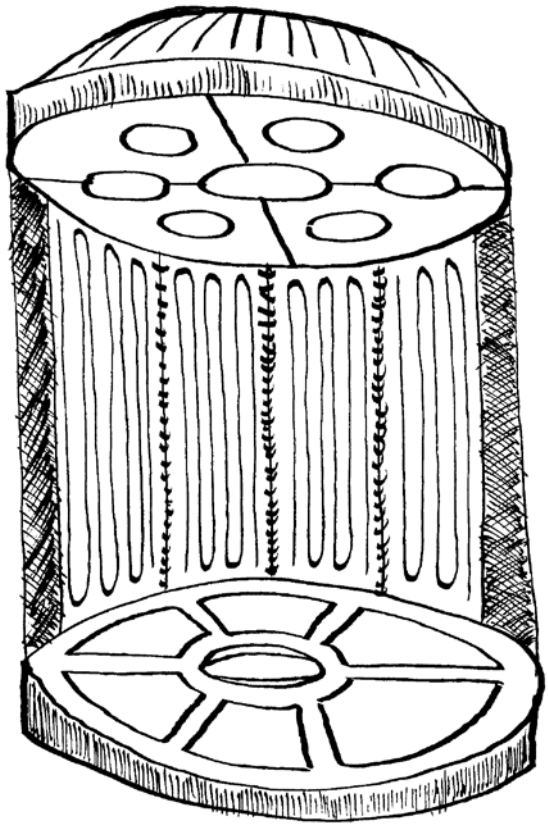


así muriera por partes el planeta. Los trabajadores de planta, al estar más al tanto de los constantes vuelos y supervisiones de modelos de naves, optaron todos por reunirse y decantarse por un exoplaneta que se encontraba a 56 años luz, cuyo sistema de vivencia era muy parecido al de la Tierra, y vieron que con las posibilidades de minerales reportados en varios informes, provenientes de las primeras colonias asentadas en ese exoplaneta, sería el lugar ideal para el recomenzar de una vida. La propuesta estaba dirigida para todos y cada uno de sus empleados y sus respectivos familiares. Estando allá, seguirían construyendo naves, por lo que debían resguardar planos y todo proyecto trabajado anteriormente, para con el archivo, resurgir desde cero en el nuevo planeta.

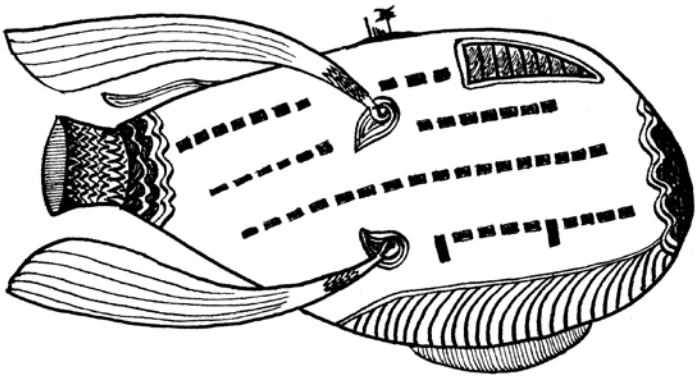


Ninguno de los trabajadores de la planta le agradaba la idea de usar el teletransporte como medio. No era muy fiable para enviar a alguien a 56 años luz. El teletrans-

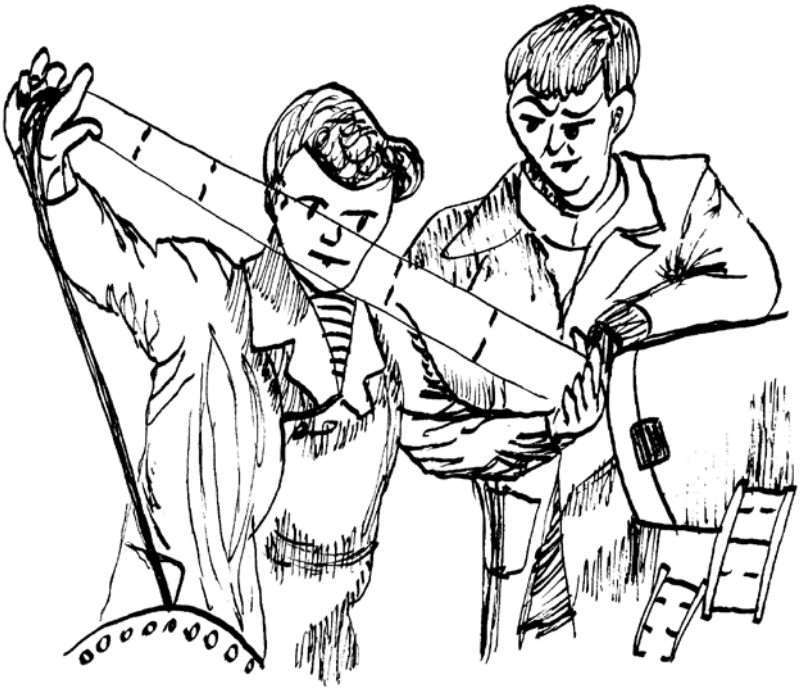
porte servía para distancias cortas, como era para las colonias lunares. Un viaje largo de 56 años luz implicaba que se inutilizara el arco de transporte por varios años hasta que terminara la transmisión completa del pasajero en el lugar de destino. Otro inconveniente es que el lugar de recepción debía tener un arco similar de teletransporte, cosa que en el exoplaneta no lo había, y la única forma de llegar era mediante una nave.



A la par que seguían atendiendo pedidos de clientes, elaboraron en mapas la confección de un modelo exclusivo para los trabajadores. Se trataría de una nave con gran capacidad para albergar a todos los pasajeros y tenerlos en estado letárgico en todo el trayecto, con las ultimas novedades automatizadas que regularía todas las funciones de pilotaje de la nave. La llamaron familiarmente la última nave, pese a que estaría lista años antes de realizar el vuelo final. En esa nave no irían familiares de nadie, porque la prioridad era enviarlos cuanto antes al exoplaneta designado como destino. Era una nave para todo el personal de la empresa.

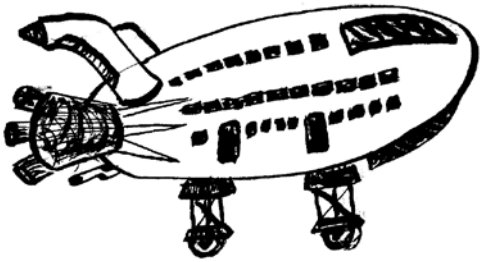


Conforme se acercaban los años próximos al día considerado el día del derrumbe planetario, algunos empleados sentían un ligero estrés debido a que pronto sería el día en que dejarían de construir o supervisar, otros estaban sumidos en una solapada desesperación, contaban los días para poder echar vuelo y volverse a reunir con sus familiares, de los cuales muchos de ellos no los veían hacía cinco o diez años atrás, y que todavía estaban en pleno vuelo rumbo al exoplaneta. Esa sensación de varios años era grave para muchos.



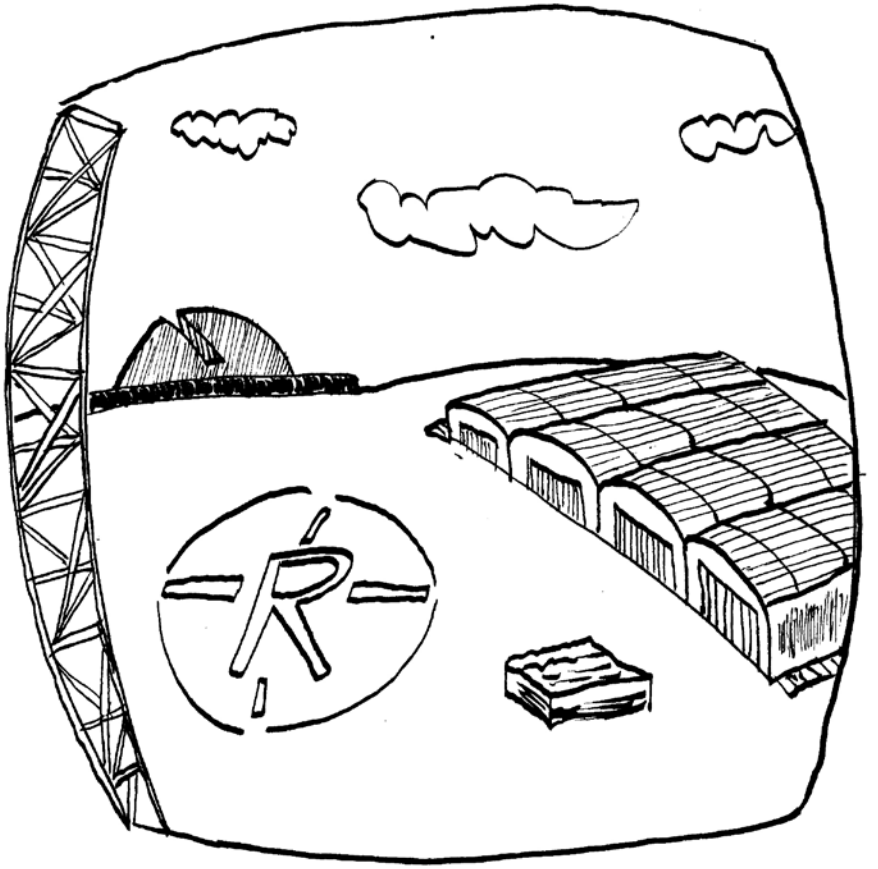
Cuando botaron el último de sus pedi-

dos, se dedicaron de lleno a supervisar milimétricamente su propia nave, siendo ellos los constructores por décadas de las mismas. Lo sometieron a pruebas como si se tratase de otra nave igual, y acordaron retirarse del planeta apenas un mes antes del día de la destrucción fatal. No hubo en esos días solicitudes de emergencia, ni nada por el estilo. Todos sus pedidos se cerraron y manifestaron con meses de anticipación, que la fábrica cerraría por completo. Pero algo pasó.



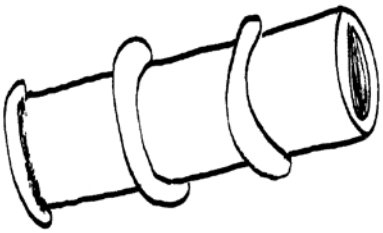
Empezó a fallar un sistema y cada día y hora que pasaba en contra de lo establecido para volar, era ir a contratiempo. Debieron revisar uno a uno los componentes que lo integraban. Una vez superado ese impase, saltó otro sistema mostrando evidente error. Cada día que pasaban en tierra se generaba un ambiente enrarecido para todos. La prioridad de despegar cuanto antes, generaba rencores y ataques de ira que debieron apaciguarlos. Nada ganarían si no revisaban profundamente todo antes de partir. Luego de un

par de día de pruebas con los nuevos acondicionamientos de los sistemas, anunciaron que para tal hora todos estuvieran dispuestos a dejar sus puestos de trabajo y entrar a la nave. Diez días de tensión gravitante se diluyeron en un gran suspiro al escuchar el anuncio. Eso implicaba que todos dejarían sus herramientas, pasarían por los camerinos y baños del hángar para estrenar el traje de vuelo, y tantos los altos cargos (que se quedaron hasta el final) como los constructores dieron inicio a la automatización del despegue de la nave. Todos estaban ansiosos. Se supone que esta nave era la mejor construida hasta el momento, con mayor razón la llamaron la última nave. Apenas restaban 20 días antes de la destrucción planetaria. Todos se ubicaron en sus respectivos asientos, luego de salir de la órbita

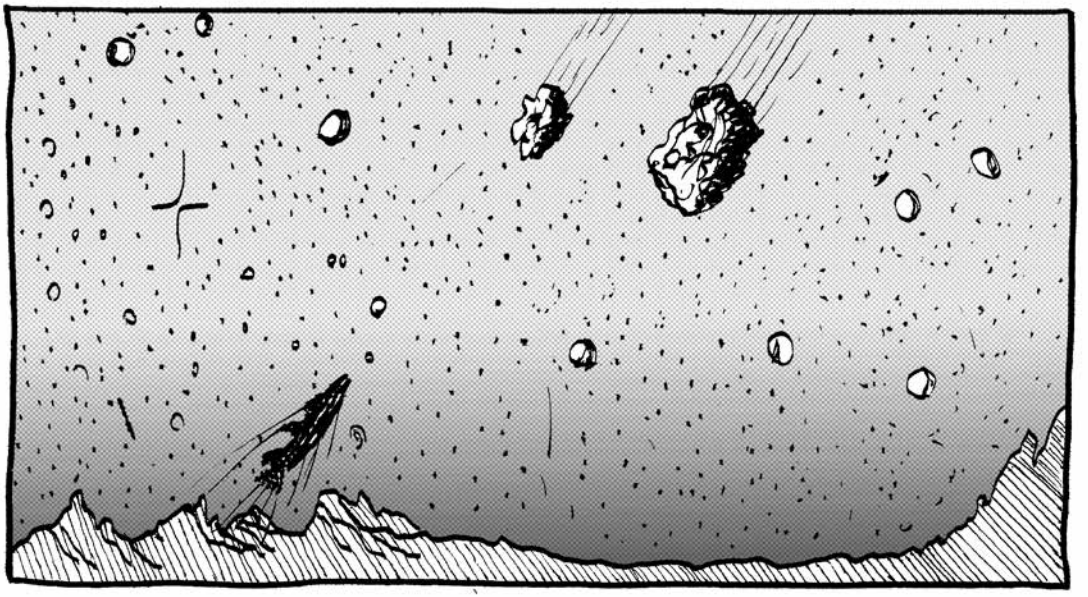


de la Tierra probarían por fin lo que experimentaron sus clientes cuando les confeccionaron sus naves y cohetes: la gravedad cero y el vislumbramiento de estar en medio de la nada, de eso tan hondo y oscuro llamado espacio.

Con el vuelo trazado rumbo a 56 años luz en dirección al exoplaneta, dejaron automatizado todo el trayecto y los distintos sistemas de la nave. Todos y cada uno de los pasajeros se dejó inocular desde sus asientos, el sistema de letargia para viajar durante varios años. Pero algo pasó.

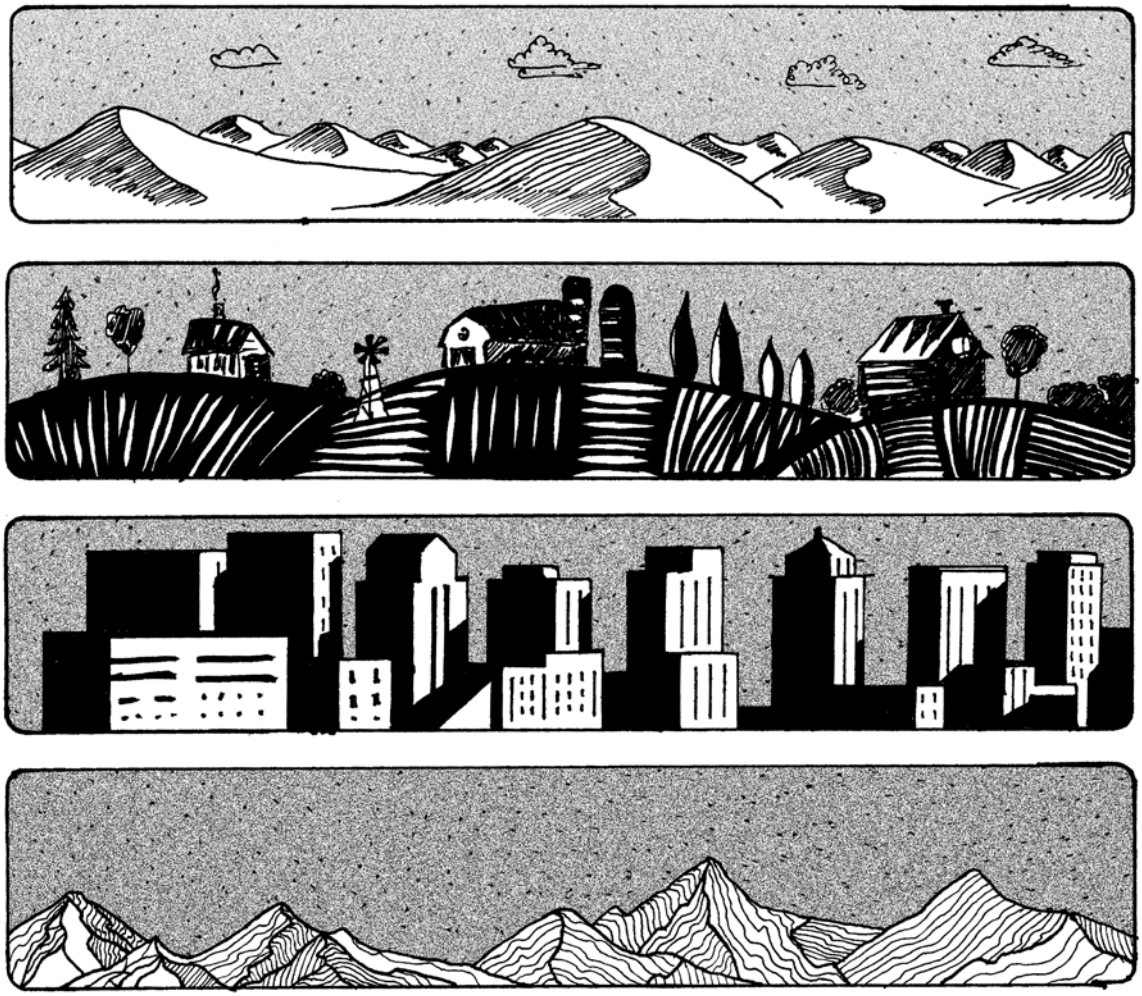


Un pitido empezó a emitir una alerta, que lamentablemente nadie estaría despierto para resolverlo, sino luego de 27 años, a mitad del viaje. La alerta indicaba que la composición del líquido para generar la letargia, se había contaminado con una parte de combustible. Todos habían recibido una dosis ingente de combustible en sus venas mientras se quedaban dormidos con el compuesto letárgico. No era sangre lo que les fluía en las venas. A mitad del viaje uno de los pasajeros despertaría de su letargo debido al sistema automatizado para vigilar las incidencias y revisar rumbo y todo lo demás. No pudo hacerlo. Cuando el sistema le despertó de su letargia, el pasajero despertó ahogado, nada pudo hacer para revivir. Pereció en su mismo sitio. Apenas si percibió que murió, mientras que llevaba ya 27 años muerto debido al combustible en su torrente sanguíneo. La nave tampoco llegó a su destino. Al chocar con un asteroide errático que no estaba dentro del recorrido, se incendió uno de los sistemas, lo que echó chispas y generó que todos y cada uno de los pasajeros, constructores de naves, perecieran por combustión interna. Nunca llegaron al soñado exoplaneta.

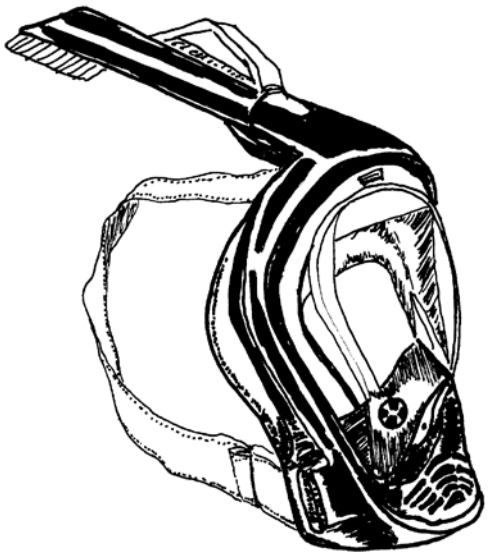


3. Los pocos que se quedaron hasta desintegrarse la Tierra.

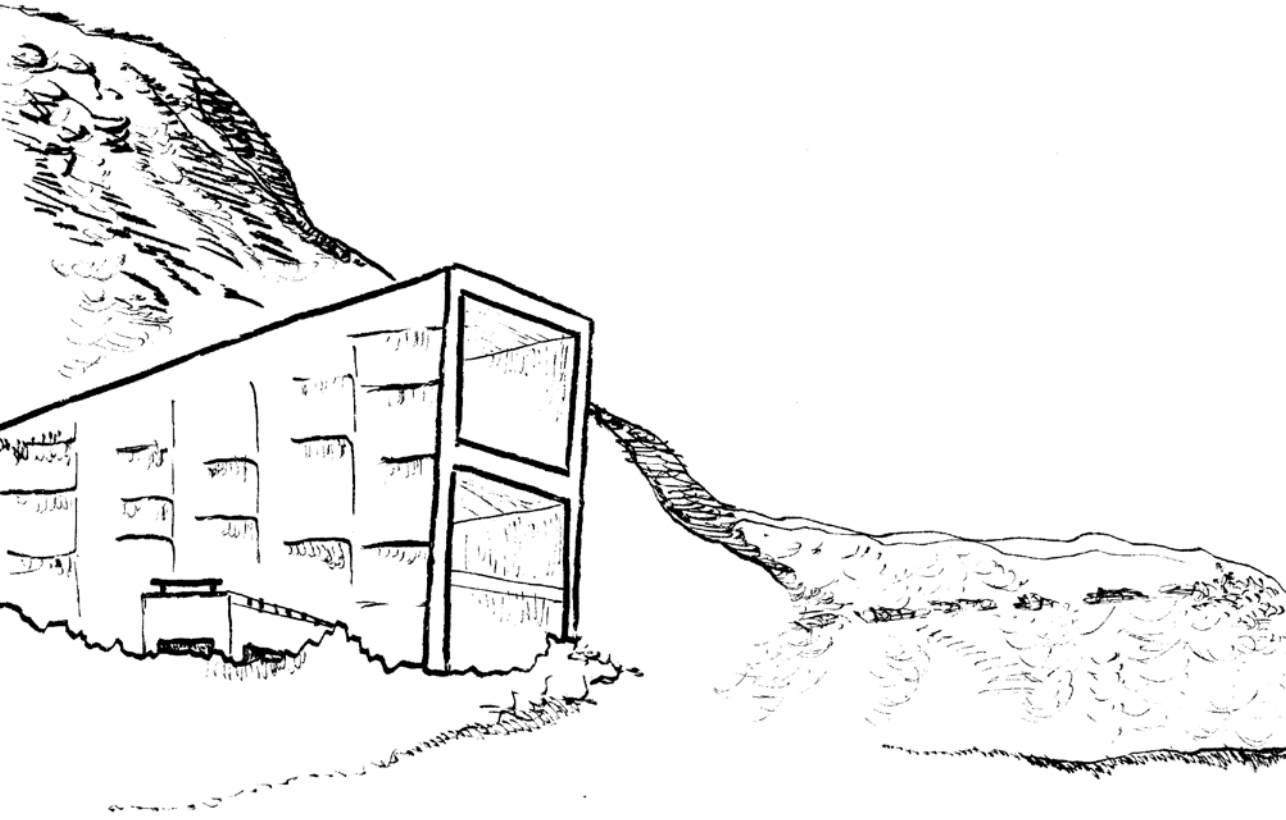
No quisieron irse a conocer otro planeta, colonia lunar o destino final para pasar el resto de sus días. Se habían resignado, con una alegría apagada, a pasar el último de sus días en la Tierra amenazada de desaparecer. Siguieron con sus vidas como si nada les hubiera pasado o advertido que se les acababa. Eso sí, todo a su alrededor les abandonaba, dejándolos en la absoluta soledad. Las grandes ciudades, antes pujantes y llenas de vida, se convirtieron en cascarones vacíos, cementerios de grandes extensiones sin cuerpo enterrado de por medio. Todo lucía apagado, cada vez cubiertos por un fino polvo que provenía desde el exterior, el polvo producto del desgaste y choque entre asteroides que

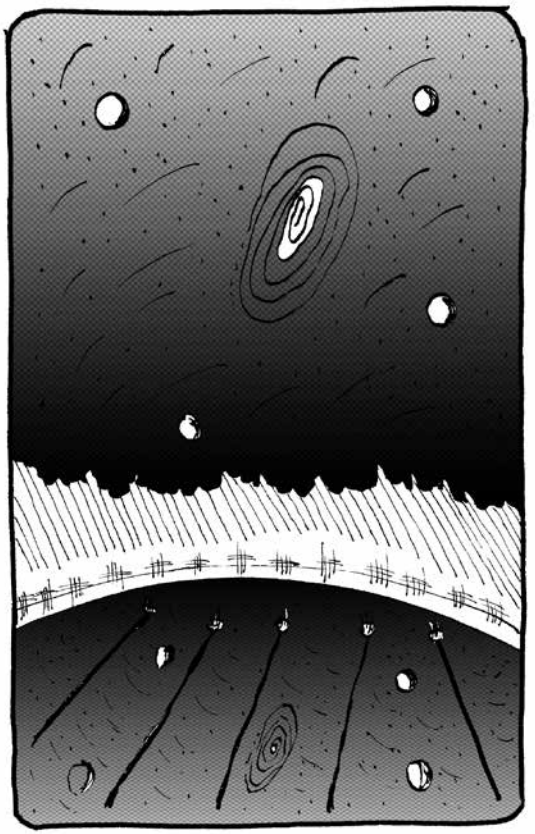


eran los primeros mensajeros que tendrían el encuentro frente a frente entre las galaxias de la Vía Láctea y Andrómeda. Aquel polvillo cósmico era de otro color, distinto al común que producía la Tierra. Era un polvillo que podía quedarse suspendido en el aire.



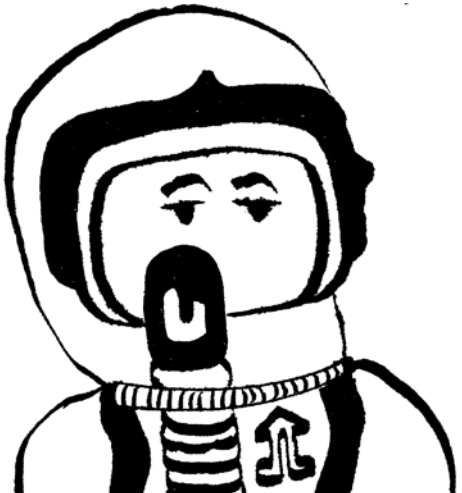
Debido a que la Enana Roja cada vez calentaba menos, los trajes y la moda, con el paso de los años, se volvieron más abrigadores. Las grandes casas de confección de ropa, como sus imitadores, requerían ropa más sintética, que retuviera el calor humano y costuras especiales para que no se evaporara ni una gota de sudor. Con el tiempo, debido a la presencia cada vez más invasiva del polvillo cósmico, se implantó el uso diario de la mascarilla especial que no requería cambio de filtro ni balón de oxí-



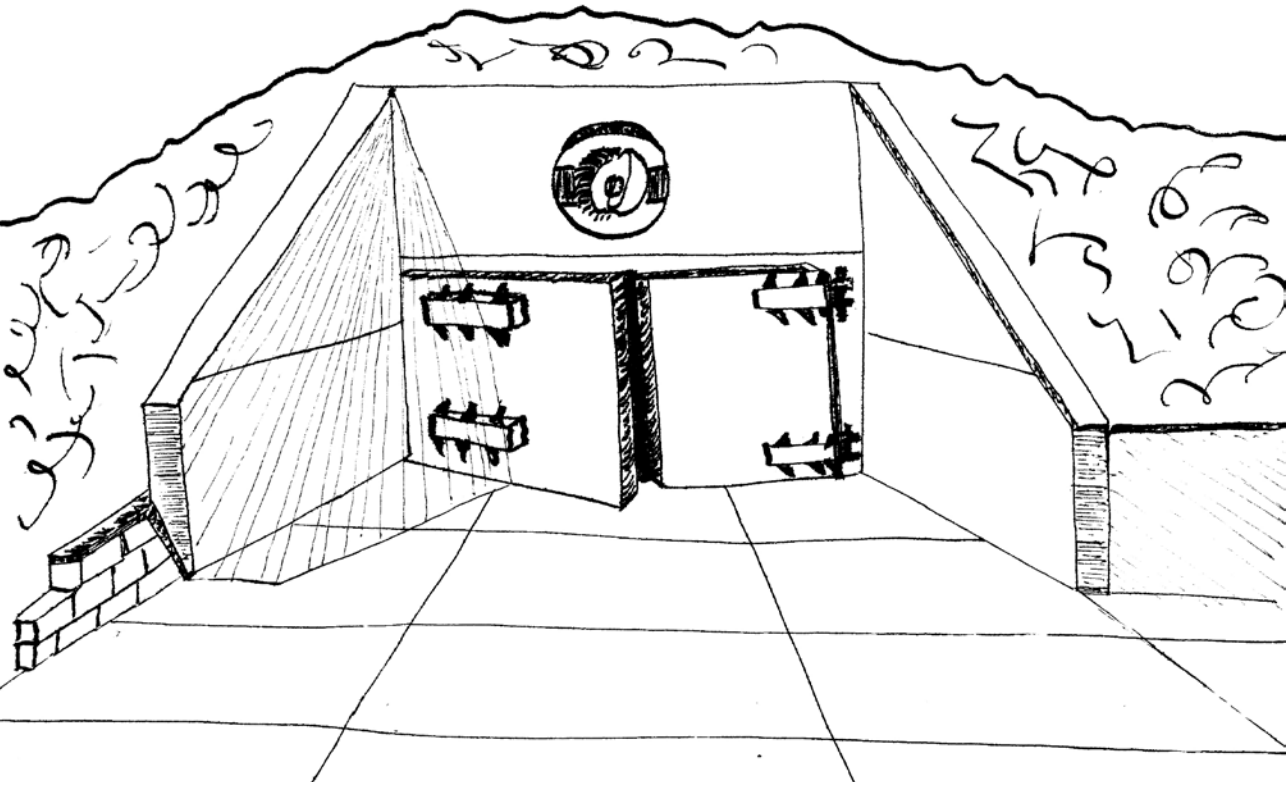


geno. Los hacían de diferentes tamaños y colores, pero la norma era cubrir todo el rostro.

Hubo un grupo de gente que, contando con recursos disponibles, y con previsión de sus familiares de hacía siglos atrás, tenían en su haber la posibilidad de pasar sus últimos años en búnkers elegantes. Nadie se tragaba la mentira que estando dentro del búnker podía evitar el impacto cuando la Tierra se desintegrara. Fuera de aleaciones de metales resistentes, poliplásticos combinados u otro material con los que fueron construidos, igual se verían en aprietos porque los búnkeres estaban diseñados para resistir explosiones y ataques, pero no habían sido diseñados para sobrevivir tras una progresiva desintegración del planeta entero.

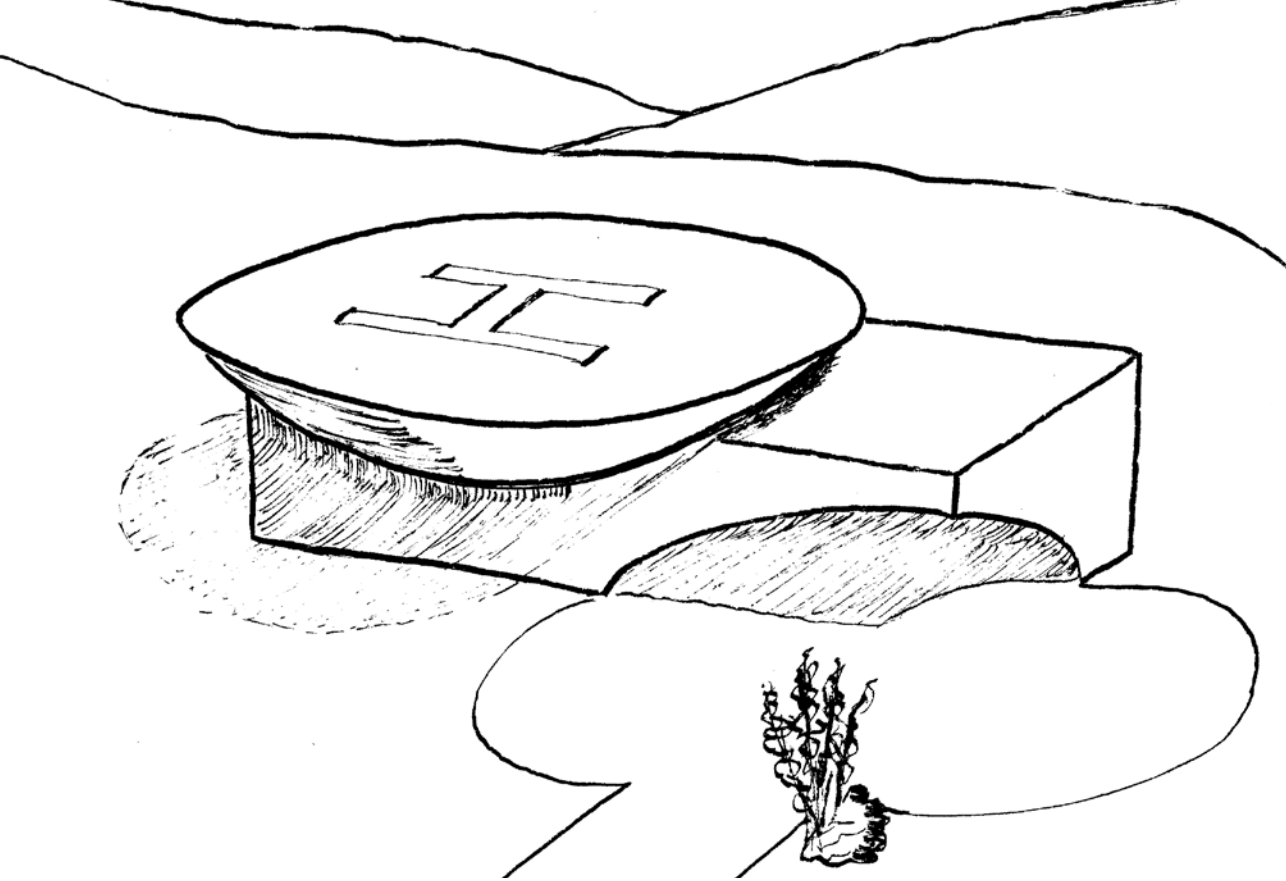


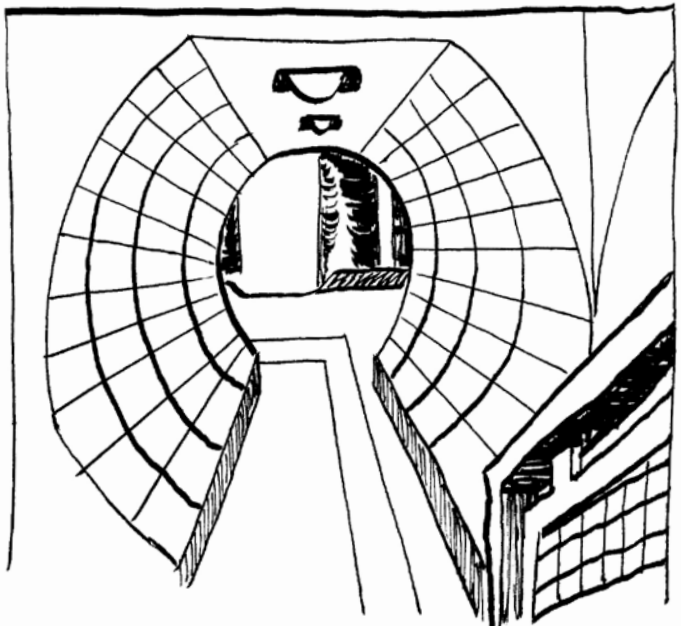
Algunos diseñadores de búnkeres se esmeraron en presentar diseños originales para sus exclusivos clientes,



que prometían alargar por meses y años mientras la Tierra era sometida al ataque constante de asteroides, meteoritos, algún plutoide en el camino, terremotos y más desastres naturales. Pero estaba en el entredicho que por más fuerte que fuera un búnker en todas sus capas, igual no sobreviviría ante un planeta que desaparecía en cuestión de días.

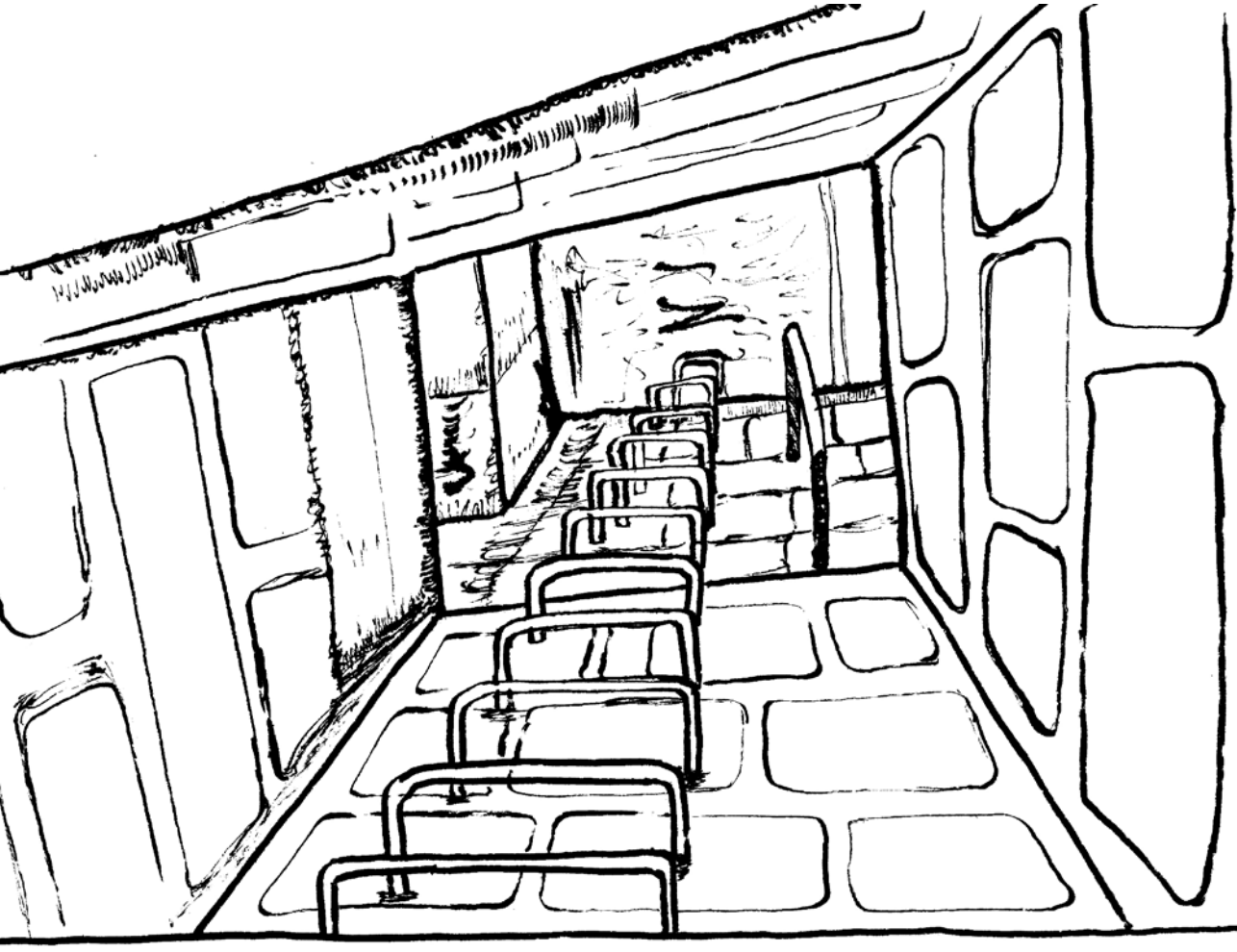
Algunos caprichosos mandaron construir sus búnkeres. Si bien no sobrevivirían tras el impacto, se procuraron de abastecerlo con todo lo fino que podían comprar: licores, alimentos liofosilizados, no perecibles y deshidratados, agua en cantidad, muebles cómodos, habitaciones con revestimientos de materiales lujosos, entre otros.





Un búnker no es igual a una nave. Un búnker es una cosa inerme, pesada, una tumba con varios ambientes. Se construía como si fuera un sótano: con bases y zapatas en la tierra, lo que impedía habilitarle motores o

sistemas de navegación de una nave para que se mantuviera suspendida mientras la Tierra se destruía. De no ser así, lo mejor era optar por una nave y un recomenzar de nuevo la vida cotidiana en un lugar distinto y exótico, en una colonia lunar (con el paso de los siglos, se habían habilitado tantas en distintas lunas) o en un exoplaneta parecido. Pero no a todos les agradaba la idea de abandonar el planeta natal, de dejarlo todo y encontrarse en una rutina



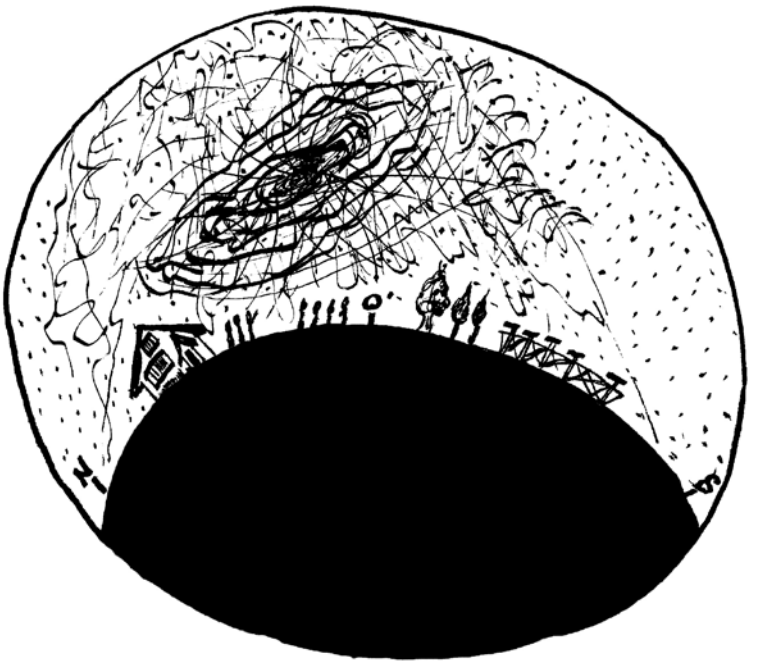
extraña, con gente que no conocían y con condiciones diferentes a las de la Tierra.

Un diseño de búnker era lo más parecido a un submarino, completamente de metal y con compartimentos espaciados para que residieran adentro. El problema es que no era completamente seguro su fiabilidad, debido a que no estarían dentro del mar, sino en algún momento chocar con un río de lava y no había metal que resistiera su impacto debido a las altísimas temperaturas en las que se encuentra la lava que lo destruye todo. Pocos optaron por esta modalidad de búnker.

Desde luego, no todos tenían la posiblidad de hacerse un búnker. Otros optaron por seguir viviendo en su casa, asumir una vida distinta pero regulada por la costumbre, con el hecho excepcional de encontrarse en medio de pueblos fantasmales, donde cada vez escaseaban los vecinos, los transeúntes y paseantes. Las calles arrastraban el polvillo cósmico. La electricidad del alambrado público y de las construcciones comunes quedó sin funcionar. Grupos de

gentes se desplazaban hacia las zonas moribundas de lo que quedaba en llamarse la frágil naturaleza.
Algo curioso: la naturaleza intuía que su fin había llegado. Desde hacía meses que no se escuchaba aves ni insectos. Las plantas cada vez morían por resignación propia, por más que se les regara con agua mineral. Todo estaba predestinado a un fin inminente. Llegaría el día, o la noche, en que la Tierra recibiría los más grandes impactos, de los asteroides convertidos en cometas flamígeras recorriendo el tramo de cielo hasta estrellarse con algún desierto, algún antiguo plantío agrario, algunas ciudades muertas desde antaño, algunas montañas preparadas para recibir los impactos tanto de arriba como de la corteza terrestre que amenazaba en regurgitar la lava que presionaba para dispararse hacia el exterior.

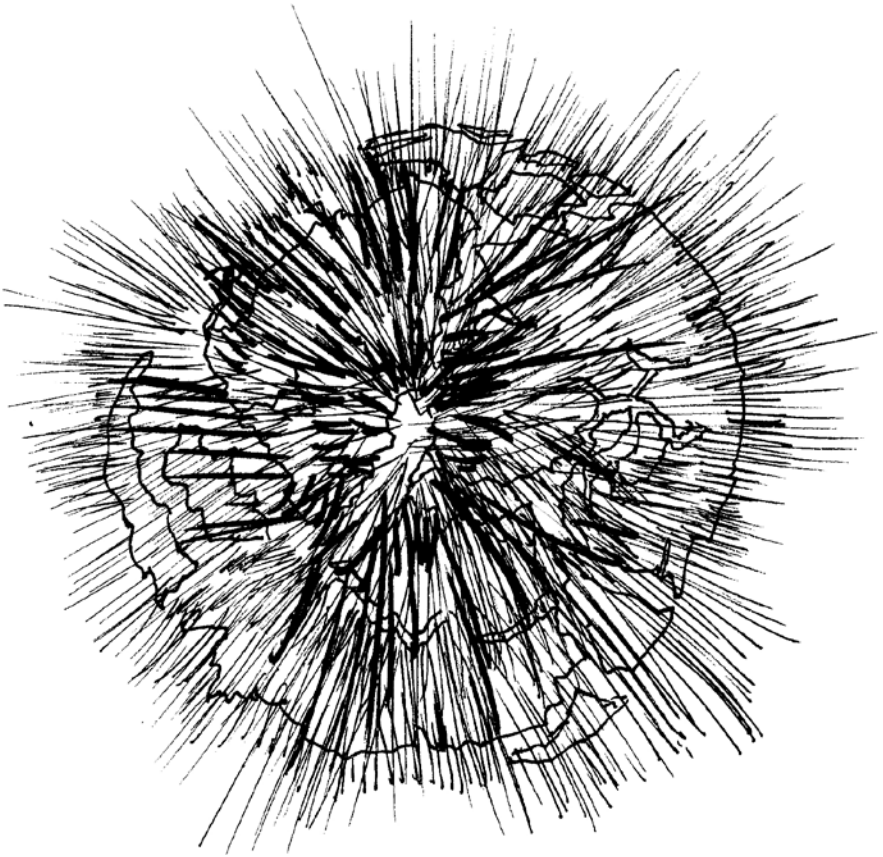
Aquella ocasión habría sido grato de grabarlo o fotografiarlo para fines de documentación, pero sin el cuerpo de artistas ahí presentes, nadie se encargaría de registrarlo in situ. Los sismos serían frecuentes a cada instante, a cada hora, derrumbando todo lo construido por la civilización, recobrando todo aquello que alguna vez estuvo cubierto de verde, de naturaleza intuitiva. Incendios y derrumbes por todos lados. Los terremotos se acrecentarían a medida que la Tierra recibía mayores impactos de más asteroides, cometas, meteoritos, aquello que barrería contra la atmósfera dejando escapar todo el aire que rodeaba a esa gran roca planetaria, la capa de ozono y otras tantas capas que por siglos fueron el escudo y defensa natural del planeta, hoy evidenciaban su desaparición, dejando pasar libremente más elementos del impacto de la galaxia contra la otra galaxia en medio de la colisión. Las auroras dejaban de ser parte del cielo.



A pesar del polvillo y los gases, el cielo se vería más claro en estas últimas horas. Con el paso de las horas y los grandes impactos, ningún rastro de ciudad, búnker o sobreviviente humano hubiera seguido con vida. El planeta empezaría a girar de una forma distinta, destrozando por su propia inercia todo lo que contuviera en su corteza.

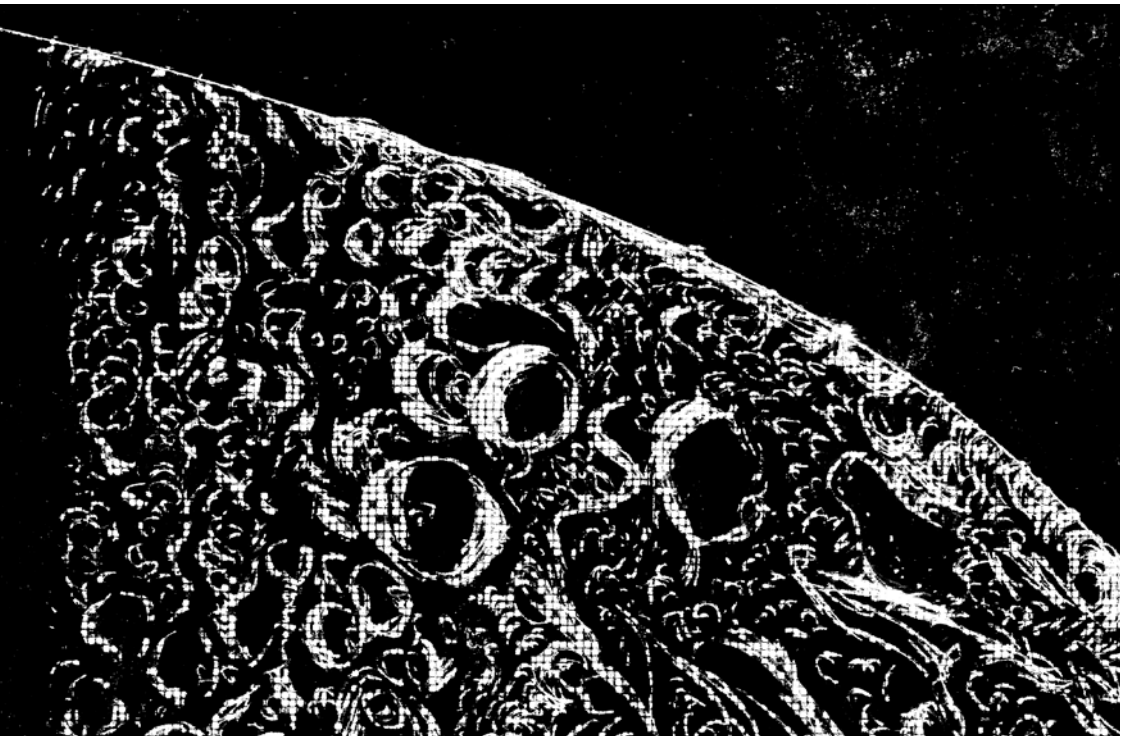
La lava formaría ríos desordenados y el mar, por un lado se evaporaría y por otro lado se drenaría hacia el núcleo calcinante del planeta. Toda la tierra se resecaría por completo, al no haber ríos subterráneos ni cuevas con capas de oxígeno retenido. Bolsas de petróleo subterráneas ardería a la par con la lava y los impactos de más asteroides irían moldeando una roca cada vez deforme y que antiguamente se le conocía como la Tierra. Nada de lo que recordamos ahora, quedaría como se dejaría ver tras los sucesivos impactos. Sin oxígeno en la corteza, la lava se iría fragmentando en cenizas quebradizas, pero manteniendo su calor. Poco a poco, se enfriaría toda la ex tierra, con formación de

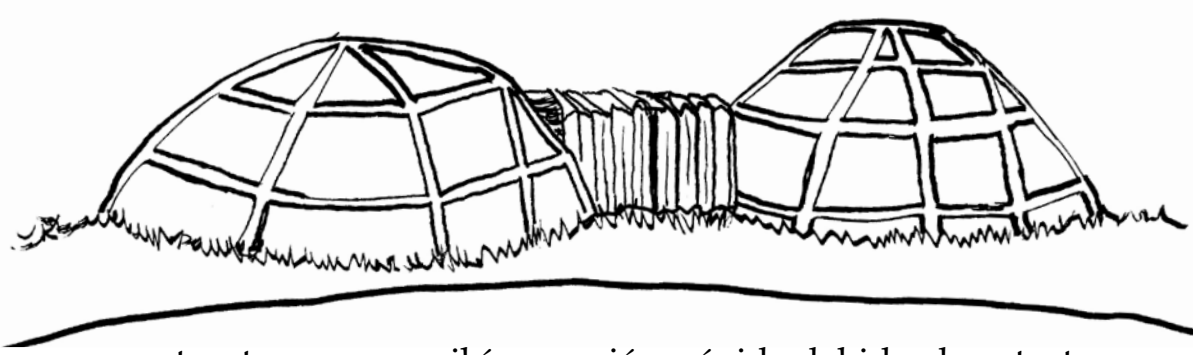
cráteres en su haber y sin ningún sobreviviente a la vista. Ni las cucarachas sobrevivieron. Todo lo que alguna vez fue humano, no quedaría resto alguno en aquella roca sin vida. Ni de las civilizaciones anteriores. Luego, vino la implosión desde el núcleo del planeta.



4. Los que verán la Tierra destruirse desde una colonia lunar.

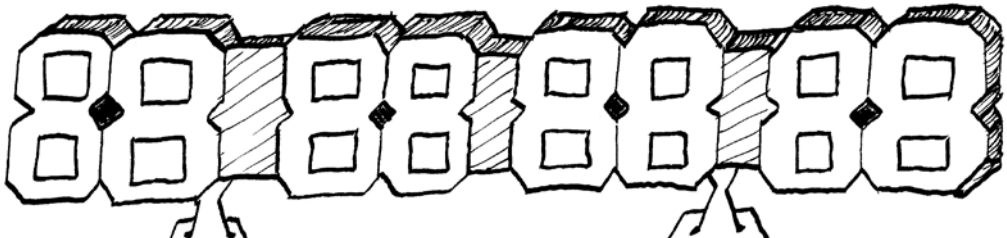
La desventaja de una colonia lunar es que los climas eran dramáticamente abismales del frío al calor. Muchos aquejaban el no encontrar un punto intermedio del ambiente para estar frescos y todo eso debía ser termo-temperado por el traje que usaban a diario para desplazarse por los domos y las construcciones sublunares. Todo lo que hubiera en una colonia lunar habitable era construcción human-exs. Cada tanto había que dar mantenimiento a las

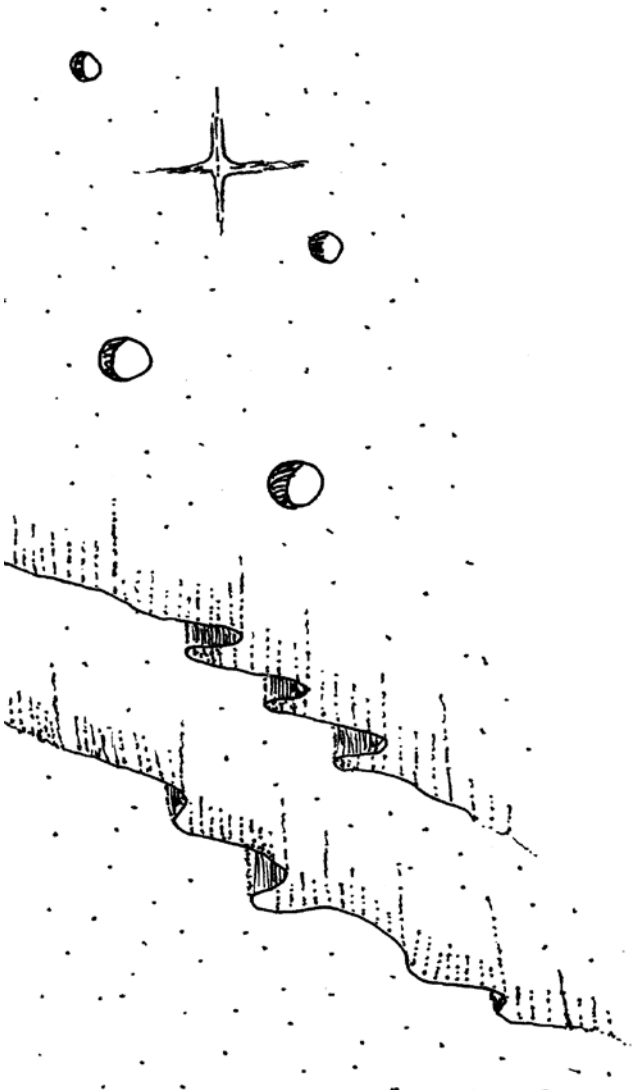




estructuras que recibían erosión y óxido debido al contacto de la reducida atmósfera lunar. Era una agenda constante de mantenimientos, revisiones, entre otros para asegurar la vida human-ex en una luna.

Cuando estuvieron advertidos de los días próximos a la destrucción del planeta Tierra, en sus pantallas visualizaban lo que transmitían los monitores remotos. Incluso se puso un incierto contador en retroceso para visualizar el momento exacto en que caería el primero de los sucesivos



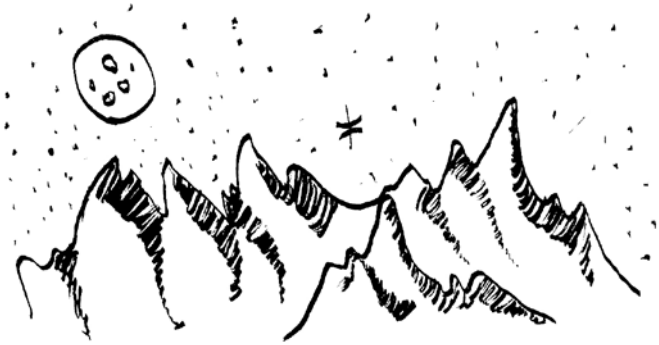


asteroides que arrasarían con los restos de humanos que hubiera en el planeta y dejando cráteres tras su impacto con el planeta moribundo. Día tras día estaban atentos a lo que acontecía. Algunos no podían soportar aquellas imágenes mudas y apenas si miraban dos segundos y seguían pendientes de sus labores.

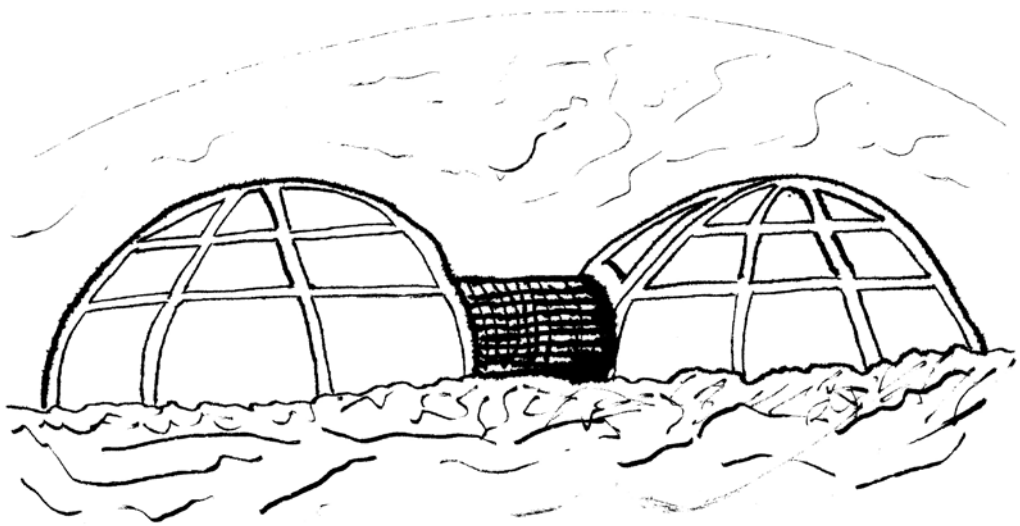
Aquella colonia se situaba lejos de la colisión Andrómeda-Vía Láctea. Serían testigos por varios años de cómo chocarían ambas galaxias y se desintegrarían para

posteriormente formar una nueva debido a sus fuerzas gravitacionales: Lactómeda, o la unión irregular de ambas galaxias. Si no fuera por el monitor mudo que mandaba señal de lo que sería la destrucción de la Tierra, los de la colonia apenas verían durante años como se estrellaban planetas y estrellas unas a las otras. Se decía que lo que impactara durante la colisión, sus efectos no llegarían hacia donde estaban ubicados ellos. Que todo sería visual. En todo caso, estaban en los preparativos de habilitar las naves con las

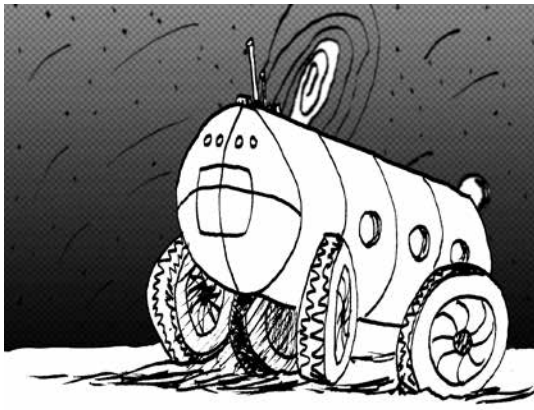
que llegaron ahí, por si surgiera una emergencia o una temprana evacuación antes de percibir un elemento destructor de la colonia.



Cada día y noche era un espectáculo. Tomaría varios años ver como se deformaría por completo dos espirales de estrellas que entrechocaban. Estaban expectantes, dentro de la colonia, de evacuar en caso surgiera una alerta de un asteroide o plutoide errático que se dirigía hacia ellos. Practicaron por varios días simulacros de evacuación. Éstos no debían demorar más que media hora desde entrar a la nave, ubicar su respectivo asiento y despegar. Los que llegaron a la colonia con cohetes modulares, sus módulos no servirían de gran cosa, carecían del suficiente combustible para poder salir de la órbita lunar. Por eso, los módulos se desarmaban y se integraban a partes necesarias de los domos en su lenta expansión. Extrañamente, al recibir luz solar casi todo el día, la gente se abrumaba menos con el encierro de los domos, y pocos eran los llamados a salir fuera de los domos para rea-



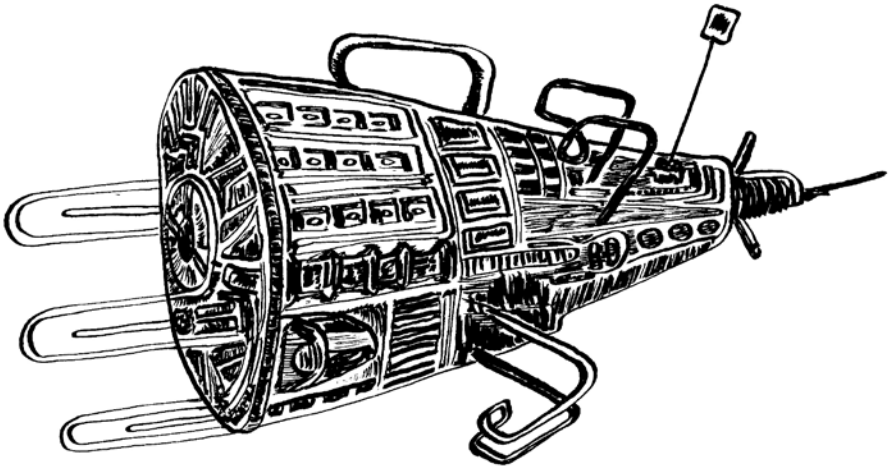
lizar labores de mantenimiento. Había que barrer el polvillo fino y revisar uniones metálicas, las más propensas al óxido. En la luna había gravedad, no era necesario usar las pesadas botas. Lo que carecía era altura de oxígeno. Había que agacharse para poder respirar. Por ello, el uso de mascarillas y balones de oxígeno era imprescindible. Pero la luna misma tenía una capa pequeña de oxígeno. Justamente por debajo de esa capa es que se producía el óxido de los metales de los domos. Había que cubrirlos con parches cromados o preparar compuesto antióxido y echar cual pintura o pátina cada cierto tiempo.



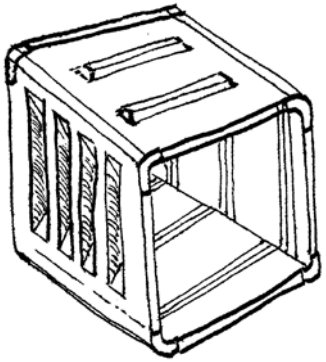
Por lo mismo que había oxígeno por debajo de la altura de las rodillas, ésta era propicia para los cultivos lunares de hortalizas y otros alimentos. Al haber oxígeno, durante la noche se filtraba una parte de ella para elaborar agua, que

luego de recibirla congelada, se ponía a hervir para tener agua a temperatura ambiente o bebible. Asimismo, la luna contaba con capas de hielo que era agua pura. Cada tanto se extraía hielo del lago lunar y se procesaba para hacerlo bebible y para usarlo en la cocción de alimentos. La luna misma era excavable, de ahí que pudieran habilitar ambientes sublunares, cuidando de no hacer colapsar el piso en que residían. Se procuraba hacer sótanos en zonas donde menos circulaban por encima, y esto lo demarcaban con vallas para impedir que se circule con el vehículo de carga motorizado.

Al cabo de un par de generaciones, los nativos lunares se consideraban distintos a los human-exs. Alguna condición telúrica de la luna les daría cierto aire, sino de superioridad, sí de distinción. Hay que entenderlos, su condición



de vida es distinta a la de un human-ex. Cada día es un riesgo en la luna, riesgo que se conjuga con el ánimo vitalizante de querer aferrarse más a la vida, y estar despierto con cualquier detalle que se presente, sea una fisura, óxido, acumulación de polvo lunar, entre otros. Es un desafío a la muerte cada día en la luna, tanto así que luego de años se acostumbran y lo consideran un estilo normalizado de vida.

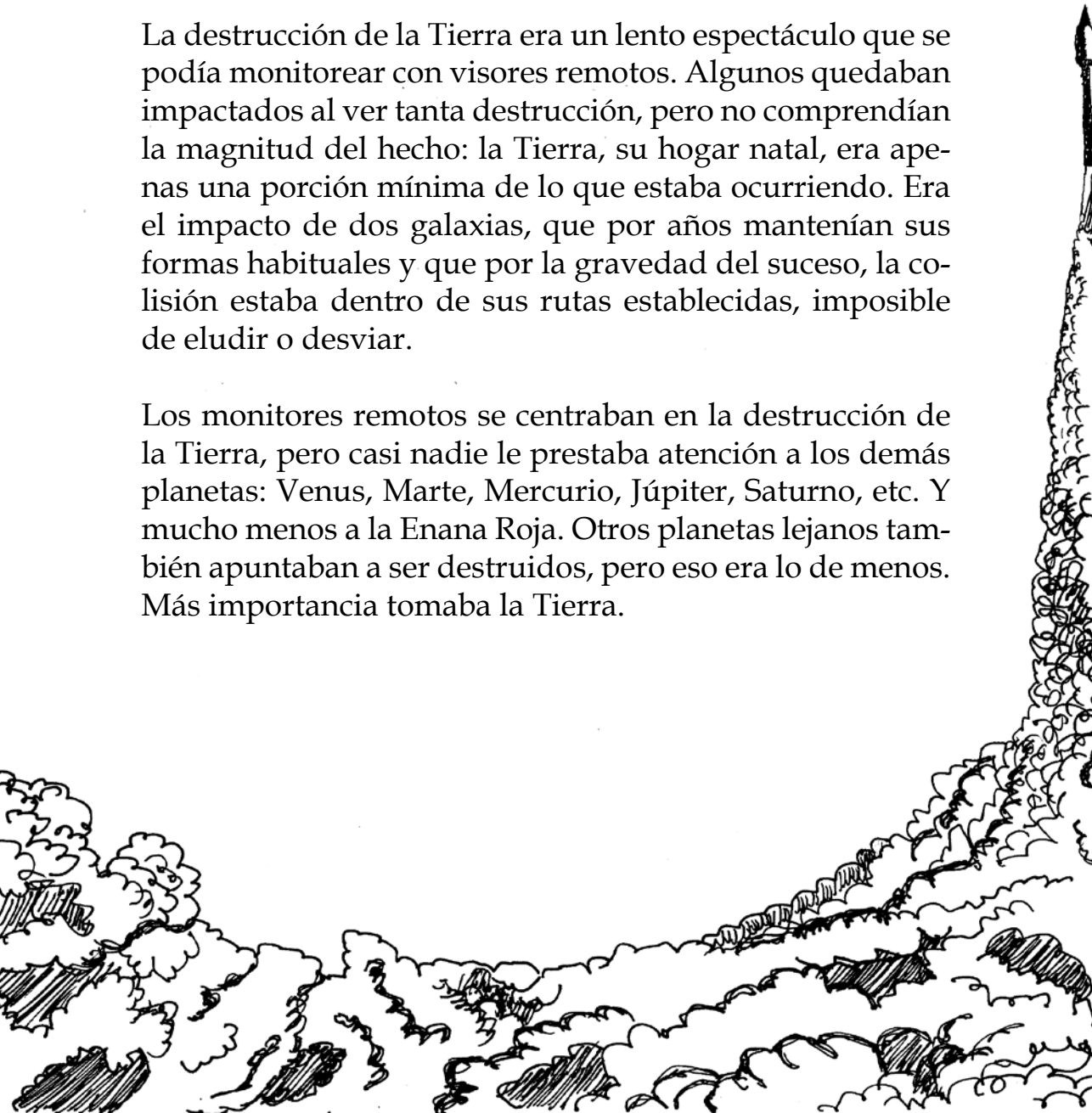


De ahí que pocos, realmente muy pocos le prestaran atención a la lenta muerte de un planeta que apenas ni lo conocieron ni se sentían parte de ella. Más les preocupaba el todo en conjunto: estamos hablando de dos galaxias, enormes, con varias estrellas, nebulosas y planetas en su haber, las que se estrellaban unas contra otras, y no le daban la respectiva importancia a un solo planeta como la Tierra. Su preocupación mayor era que no llegara nada de aquella colisión a la zona donde estaban viviendo. Por lo demás, había que seguir viviendo.

5. Los que ven desde una nave lejana, el lento espectáculo de la formación de Lactómeda.

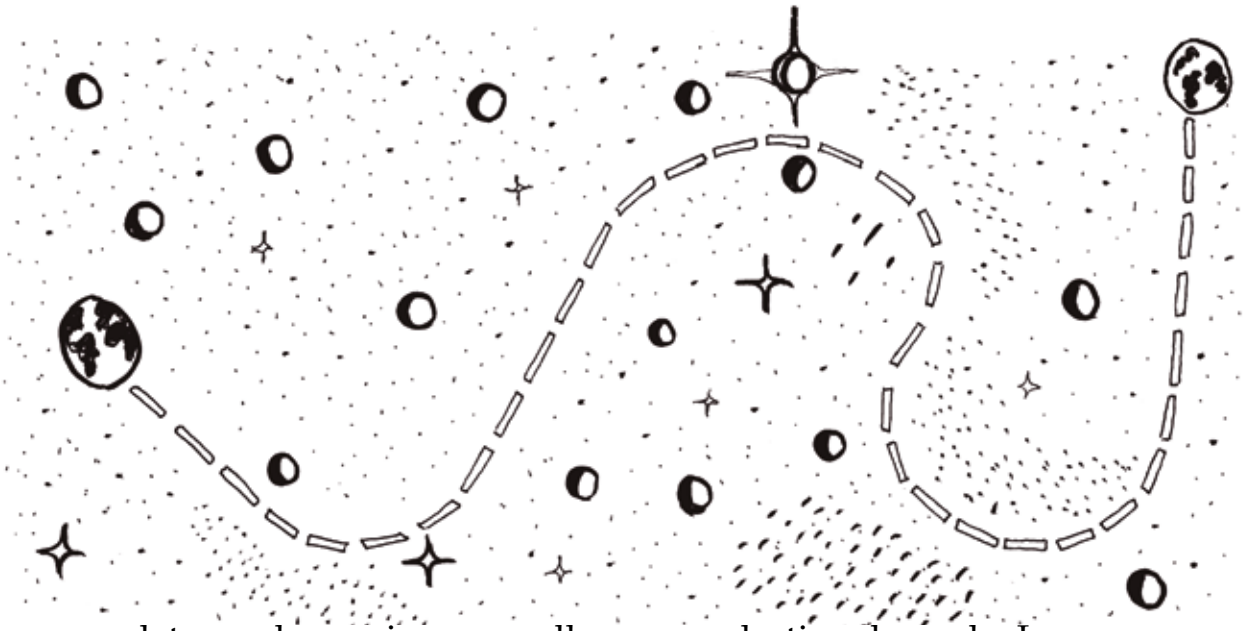
La destrucción de la Tierra era un lento espectáculo que se podía monitorear con visores remotos. Algunos quedaban impactados al ver tanta destrucción, pero no comprendían la magnitud del hecho: la Tierra, su hogar natal, era apenas una porción mínima de lo que estaba ocurriendo. Era el impacto de dos galaxias, que por años mantenían sus formas habituales y que por la gravedad del suceso, la colisión estaba dentro de sus rutas establecidas, imposible de eludir o desviar.

Los monitores remotos se centraban en la destrucción de la Tierra, pero casi nadie le prestaba atención a los demás planetas: Venus, Marte, Mercurio, Júpiter, Saturno, etc. Y mucho menos a la Enana Roja. Otros planetas lejanos también apuntaban a ser destruidos, pero eso era lo de menos. Más importancia tomaba la Tierra.

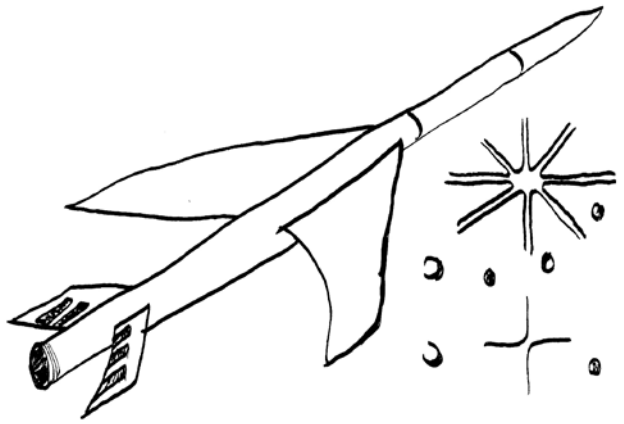


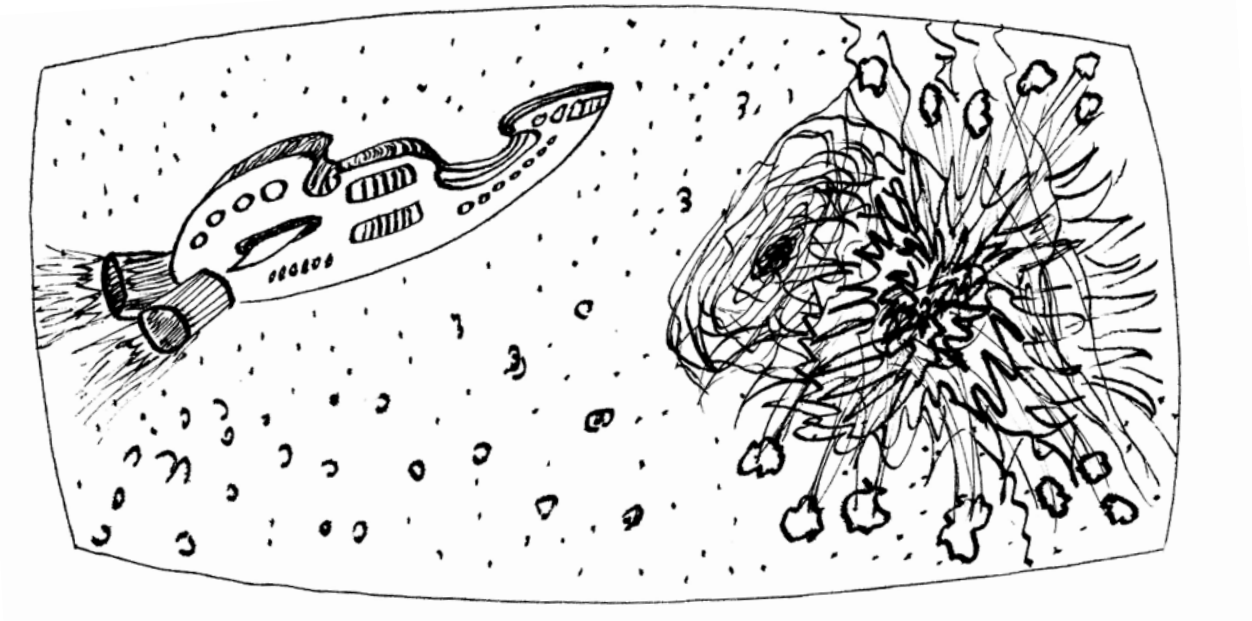
La nave seguía su curso hacia una ruta trazada, a años luz de la Tierra. Se les permitió a los pasajeros, si querían, salir de su letargo para poder ser testigos de lo que sería la pérdida de su casa natal. Otros optaron por no ser despertados hasta llegar al destino, no querían ver la agonía de un planeta. Los que sí se aventuraron a ver, se lamentaban de los tantos recuerdos y sentimientos encontrados que tenían con respecto de la Tierra, que era socavada por los asteroides y su completa destrucción desde dentro, con implosiones de lava y terremotos que iban deformando la corteza terrestre, desapareciendo para siempre donde hubo bosques y selva marchitos, el mar drenado y evaporado haciendo lucir un planeta desgastado y menos azul, convirtiéndose en un asteroide más, a punto de ser destruido por completo.

Pocos pudieron seguir con el espectáculo, los demás recibieron dosis de calmantes fuertes para poder seguir el



letargo de pasajeros para llegar a su destino de vuelo. Luego de unos días, todos los pasajeros estaban en completo letargo. La nave conducida por inteligencia artificial, iba midiendo presión y calidad de sueño de cada uno de sus pasajeros. Aquellos vuelos eran automatizados, no había piloto de nave que soportara navegar 24 o 56 años de vuelo directo. Cada tanto, se hacía despertar por turnos, a uno que otro piloto en letargo, para vigilar funciones de las tareas automatizadas y revisar que el rumbo seguía la ruta trazada. Vigilar también para prevenir impactos, en caso de recibir notificaciones con anticipación simulada por la inteligencia. Luego de 56 años, llegarían a un exoplaneta, donde sería un recomenzar de la vida para todos sus tripulantes





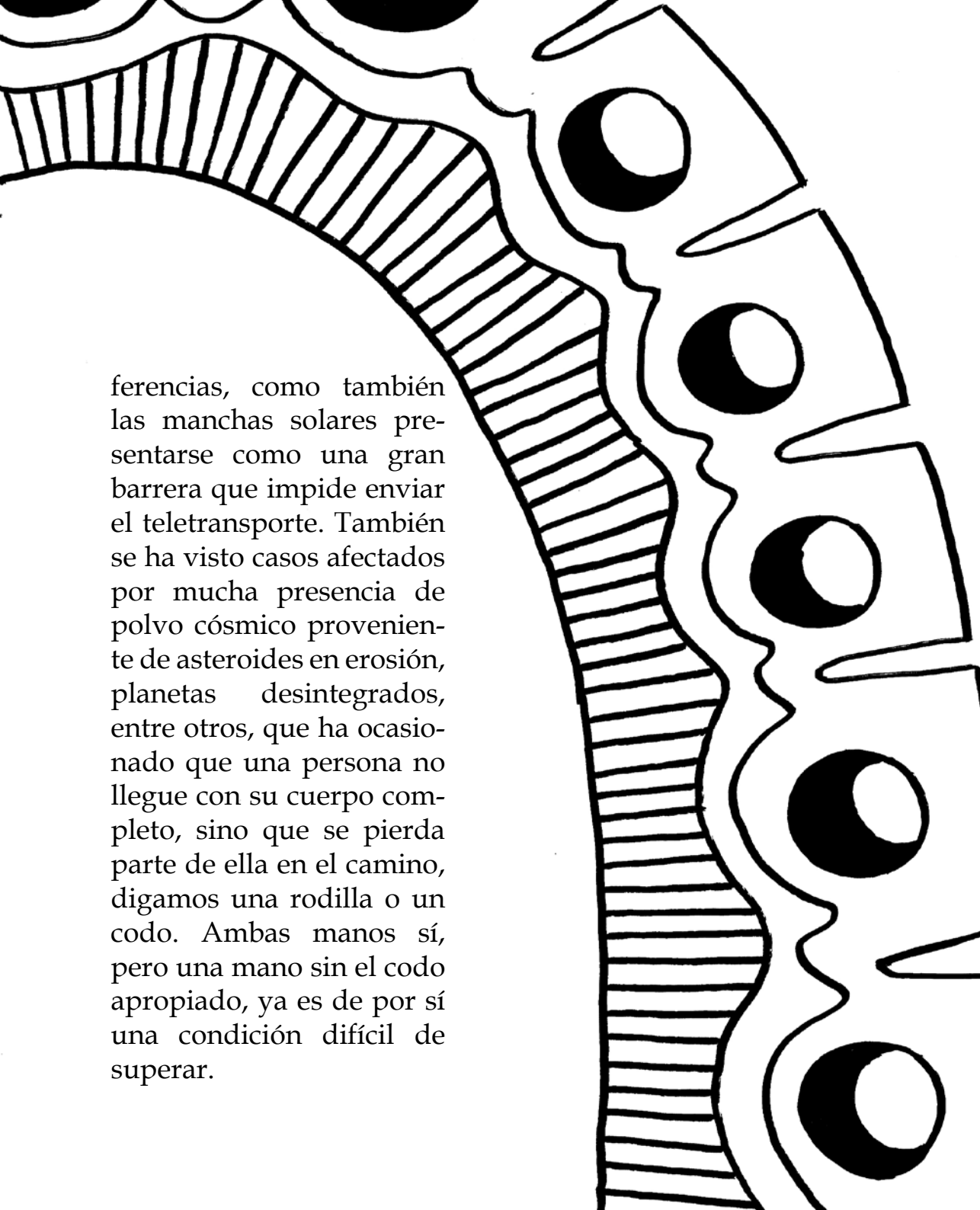
en letargo. Lejos de lo acostumbrado, obligados a restablecer un estilo muy diferente y diametralmente opuesto al que vivían antes. Ni un asteroide errático o más polvillo cósmico. Ya bastante tenían lidiando con los propios problemas de vivir a diario en la contradicción selenográfica de la luna.

6. Los que no lograron irse con la teletransportación masiva.

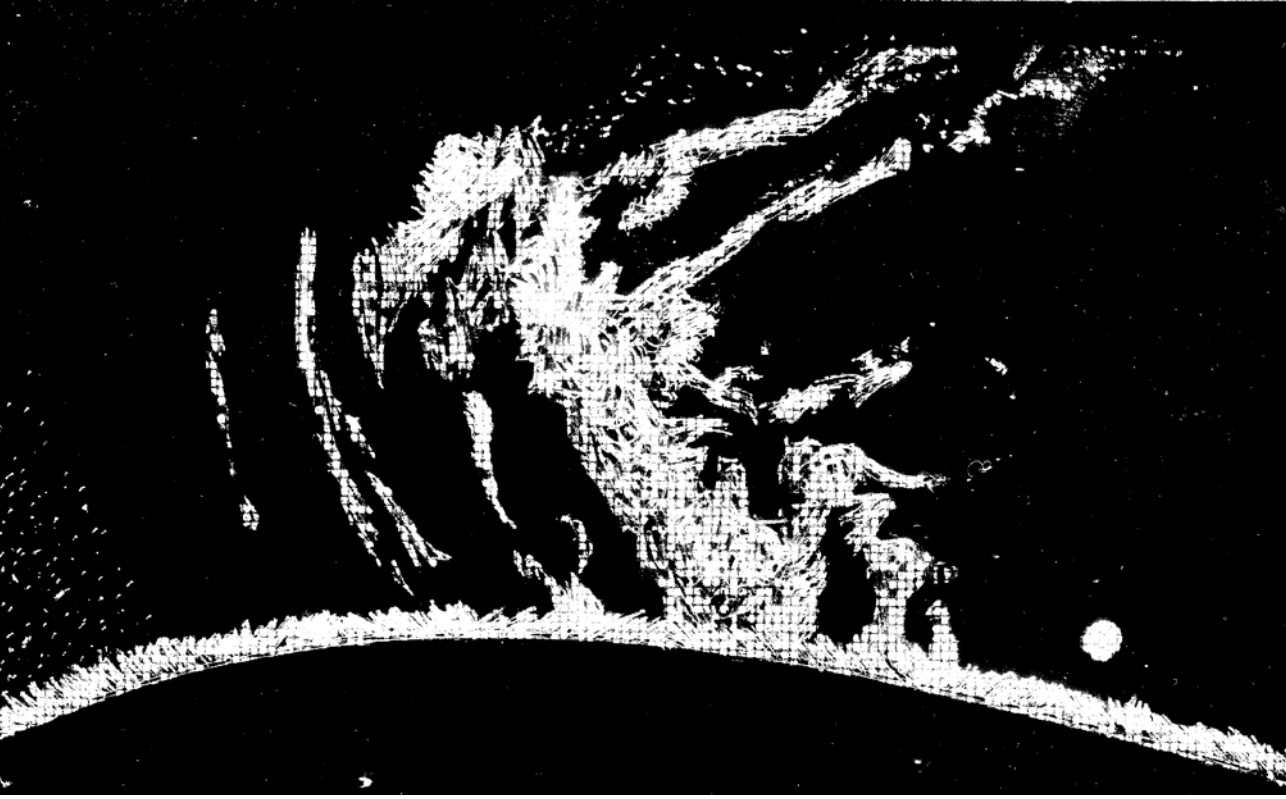
Cada vez eran menos los meses y menos los días previo a la desaparición total de la Tierra. Los arcos de teletransportación era una forma rápida para irse del moribundo planeta. El problema: no puedes transportar muchos objetos contigo, sino apenas lo esencial hacia tu destino, y si estaba a años luz, esperar meses a que llegara tu cargamento personal vía cargo. Eso era lo frustrante de los arcos de teletransportación.

En los años previos a la destrucción de la Tierra, varias familias optaron por enviarse todo el cargamento de su hogar vía cargo hacia el planeta o colonia lunar de destino, y hacer la teletransportación. Una sesión de teletransportación va acorde a las fechas y horas en que hay menos ruido solar, polvo cósmico, rayos y láseres en el trayecto de destino. Se preparan las condiciones y el traje habilitado para la teletransportación de cada pasajero. Se someten a un pequeño ayuno previo de horas para no llegar con náuseas o mareos al punto de destino.

La teletransportación consiste en desintegrar el cuerpo humano y ser expulsado vía rayos hacia el otro arco, donde se reconstruirá el cuerpo sin intervención alguna y seguir tal cual. El problema suele suscitar cuando se presenta mala propagación de ruido solar que puede causar inter-



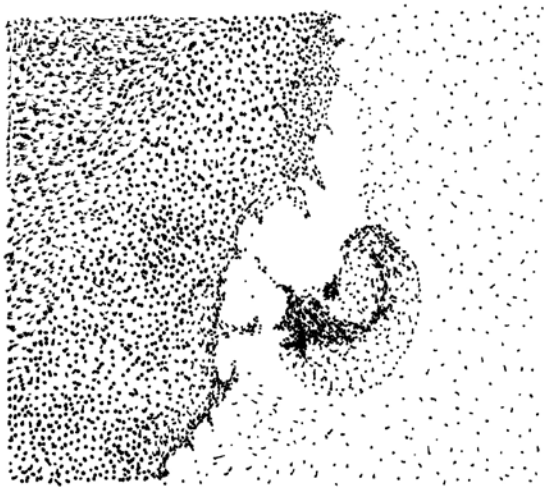
ferencias, como también las manchas solares presentarse como una gran barrera que impide enviar el teletransporte. También se ha visto casos afectados por mucha presencia de polvo cósmico proveniente de asteroides en erosión, planetas desintegrados, entre otros, que ha ocasionado que una persona no llegue con su cuerpo completo, sino que se pierda parte de ella en el camino, digamos una rodilla o un codo. Ambas manos sí, pero una mano sin el codo apropiado, ya es de por sí una condición difícil de superar.



Ha habido casos que se pudo recuperar parte del cuerpo pero para ello, se requiere que la persona incompleta esté en el módulo de teletransportación de destino, sin moverse, para terminar de recibir su parte, sea un codo, o la costilla faltante. Dichas sesiones pueden durar unos minutos más de lo común pero se requiere harta precisión para asimilar todo dentro del cuerpo reordenado. Los viajes a larga distancia suelen verse interferidos por los factores exteriores.

Por ello es que hay que firmar una serie de documentos como parte del papeleo para deslindar a la empresa que realiza teletransportación y ser consciente que estos casos

de perder una porción del cuerpo humano suele darse debido a factores espacio-atmosféricos que no se pueden controlar, salvo en las fechas específicas de sesiones de teletransportación que aseguren el éxito del viaje.



Mucha gente ha debido emigrar en las condiciones especiales que requiere la teletransportación, debido a que era inminente la fecha asignada en que los asteroides impactarían contra la Tierra y la última de las naves había partido, con toda su gente especializada para construirla. Pronto serían las cinco empresas de teletransportación que también haría emigrar a todo su personal mediante procesos automatizados. Nadie debía quedarse.

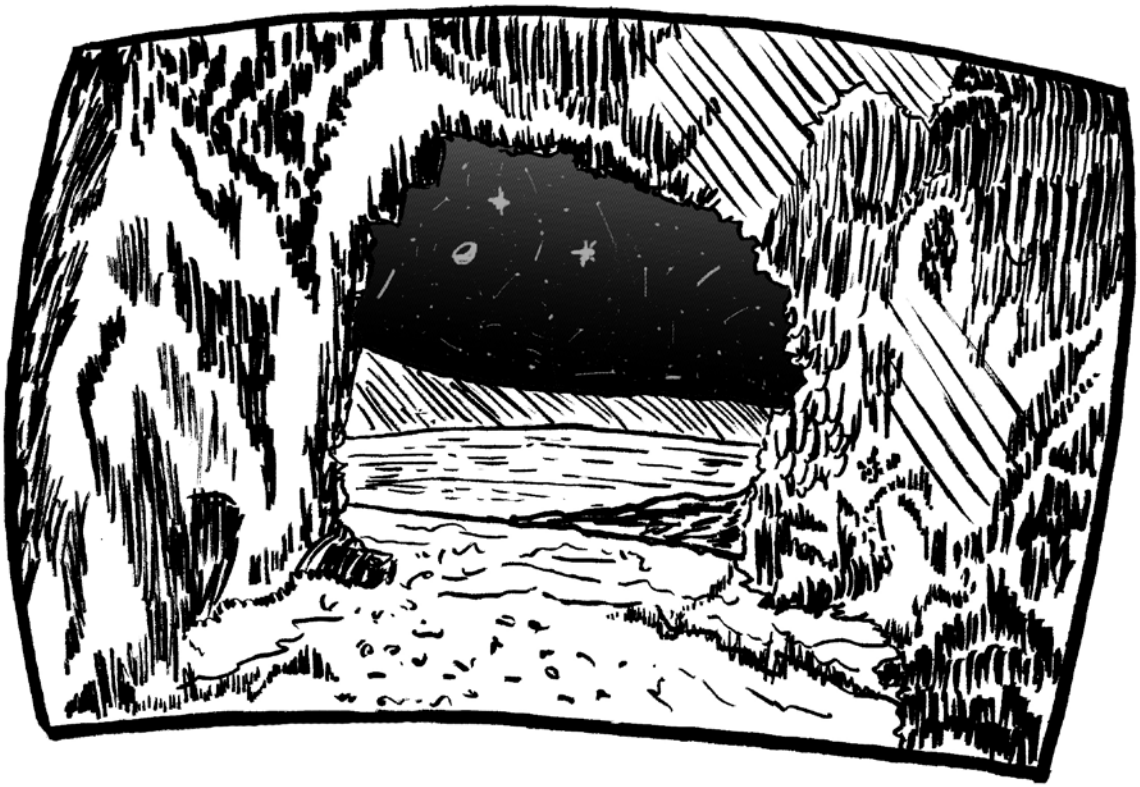
Cuando la última de las naves partió, aún quedaba gente solicitando citas para teletransportarse. Las ciudades lucían desoladas, los comercios y las tierras trabajados por los robots agrarios se deslucían de colores vivos y todo se iba abandonando. El polvo cósmico entraba a la atmósfera para cubrir lentamente la corteza exterior de la Tierra, señal de que la amenaza era inminente previo a su destrucción.

Cada día había que lidiar con la polvareda fina que quedaba suspendida en el aire. Y solicitar los pocos turnos dis-

ponibles, antes que las empresas cerraran definitivamente sus arcos de teletransportación. Mucha gente no pudo preveer a tiempo de mandar sus objetos personales vía cargo hacia un lugar cercano, y se veían en las imprecisas horas de poder agarrar una cita siquiera para el teletransporte.

Otros, resignados, se dedicaron a deambular por las calles cubiertas de polvo. Visitaban los grandes establecimientos a recuperar algo de comida, de trajes y atuendos contra el

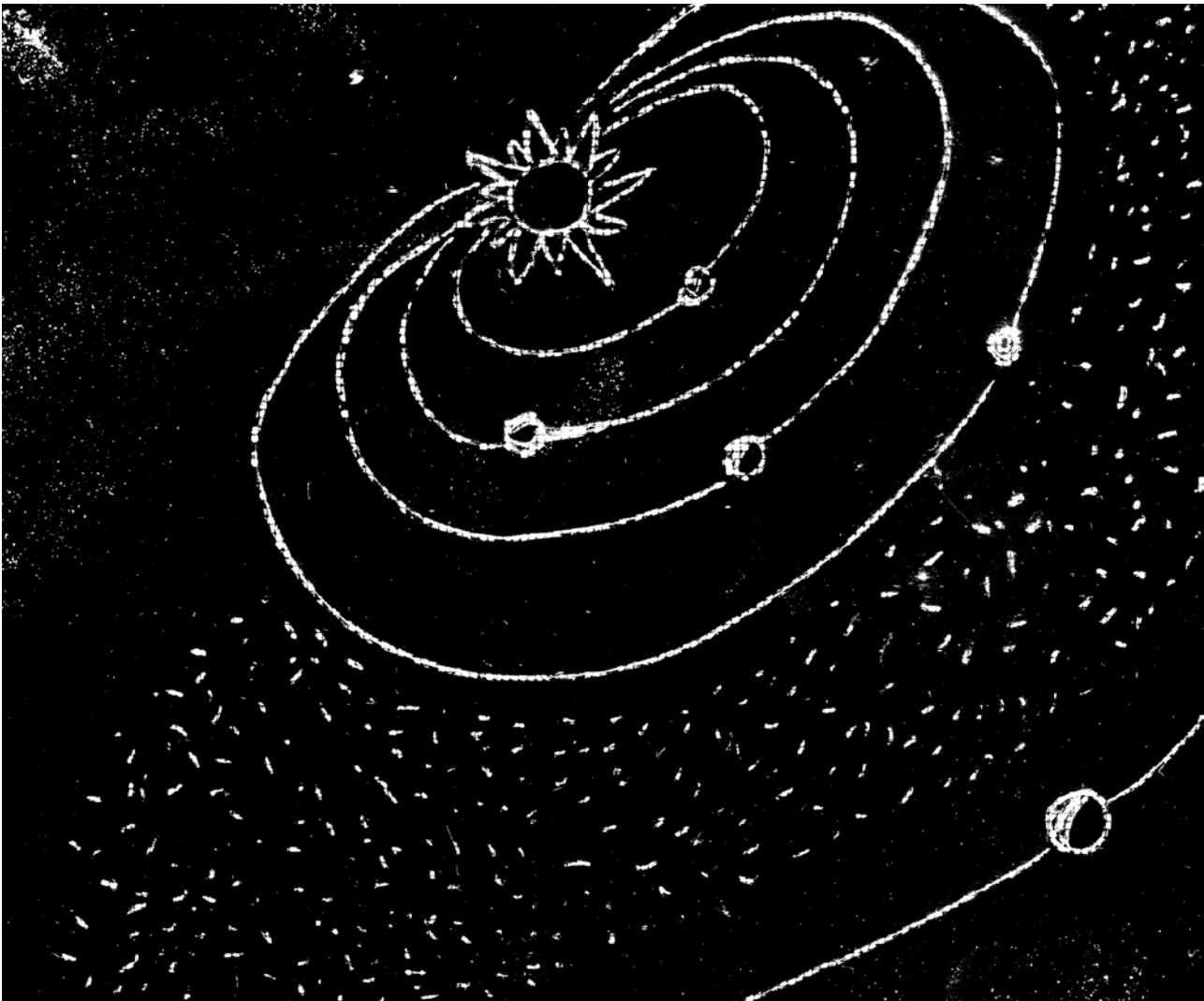
frío. Los resignados se diferenciaban de los suicidas vivaces: éstos últimos ya habían optado por el camino de esperar la destrucción como el fin de sus males y achaques.



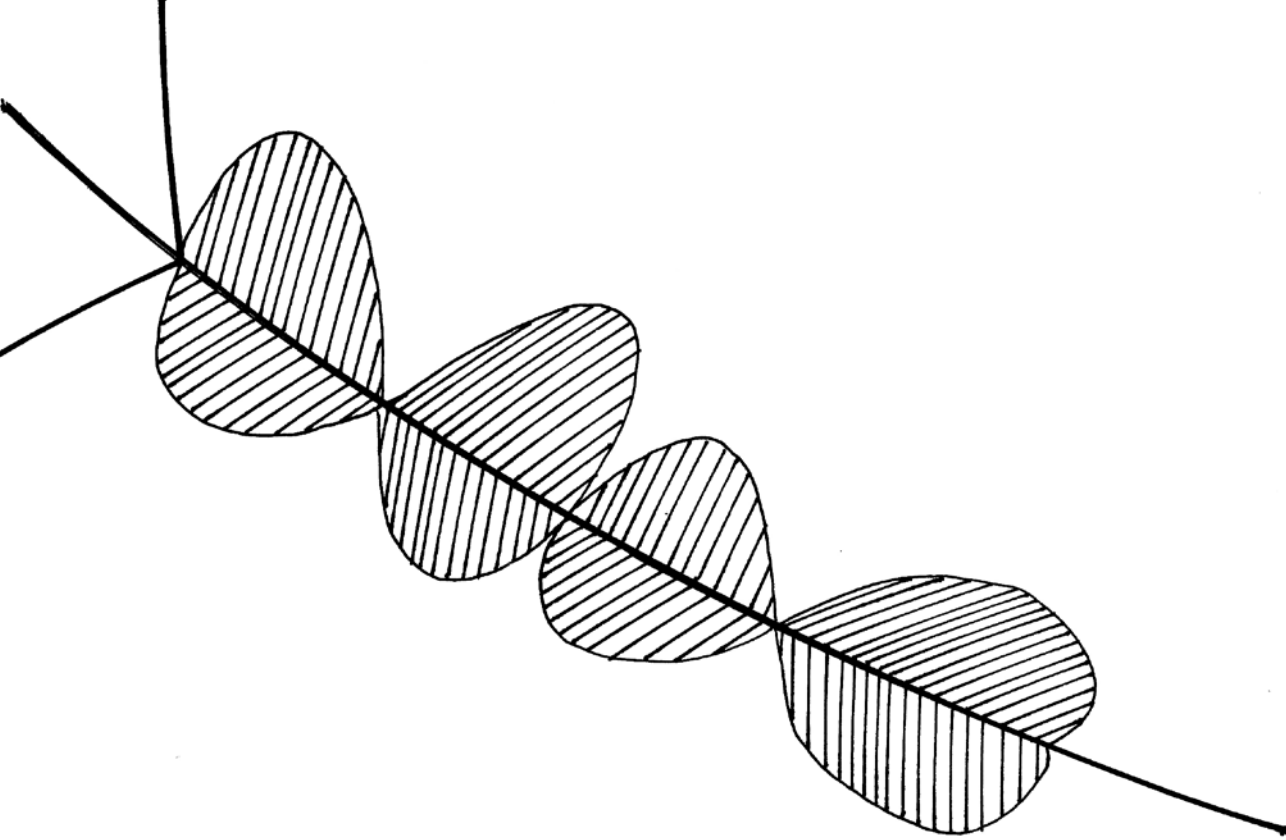
Algunos grupos se organizaron, con la esperanza de realizar una larga caminata y buscar alguna cueva entre las montañas para guarecerse por más tiempo antes que les llegara la hora definitiva. Llevando la provisión necesaria que encontraron en cada establecimiento en el camino, el abrigo necesario (recordemos que la enana roja emanaba menos calor) y artefactos miniaturizados para tener luz y algo de distracción holográfica, se dirigieron hacia los descampados, a los lugares poco azotados por la civilización y a enfrentarse a una frágil naturaleza que intuía el fin de sus días. Se topaban con árboles de maderas cristalizadas que se quebraban con el poco viento, pastos resecos y mu-

llidos sin vida alguna, aguas negras corriendo a la par de las claras, construcciones de siglos atrás carcomidos por el óxido y la erosión.

Las cuevas, creían, sería un lugar seguro para no ser testigos de la destrucción. Además, dentro de ellas el polvillo cósmico no había atacado como en toda la extensión de



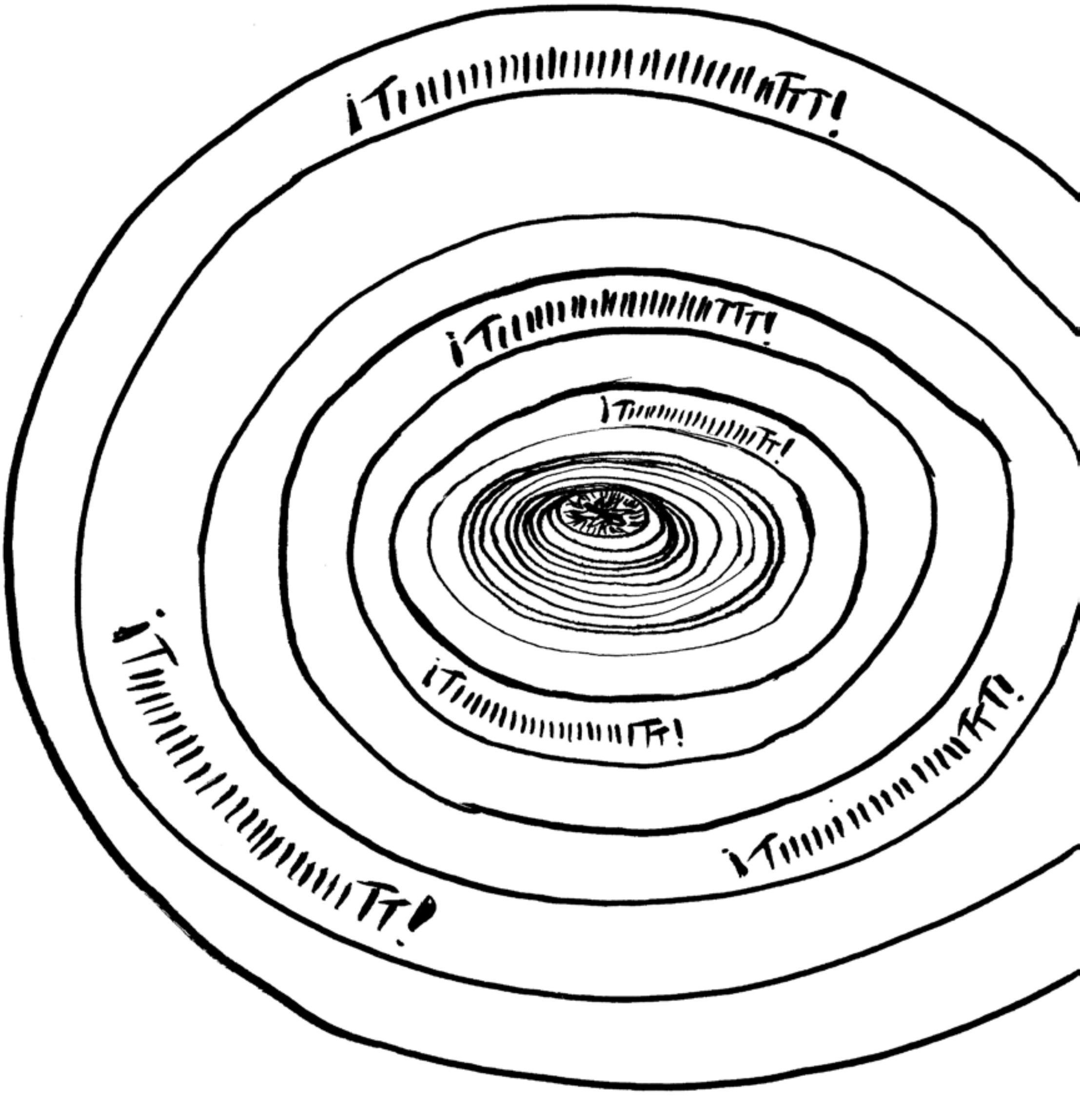
afuera. Debían racionar la comida, no sabrían por cuántos años estarían en estas condiciones. Condiciones nada certeras, aún quedaba el hálito de la esperanza de seguir con vida tras los impactos de los asteroides, pero no intuían lo que es la destrucción completa de un planeta. Como dijimos, varios grupos se refugiaron en cuevas, lejos de las ciudades, sin esperar lo que se les venía: los terremotos cobrarían vidas al desplomar los túneles, muriendo presionados por los derrumbes interinos. Otros, murieron cuando se liberaron gases sin olor de algunas bolsas subterráneas, recibiendo una muerte silenciosa sin esperarlo del todo. Algunos más desafortunados, les tocó el hecho de estar en una cueva que formaba parte de la ramificación de ductos de salida de ceniza y lava, muriendo calcinados mientras avanzaba rápida y progresiva la materia incandescente. No pudieron preveerlo. Ante siglos y siglos de sobre aviso sobre la destrucción de la tierra, nadie pudo preveer lo que pasaría si hallarían refugio dentro de una cueva. Aún si escaparan, no tendrían adónde ir, la lava destruye todo a su paso y los terremotos están a la orden del día. Muerte y más muertes que pudieron evitarse, pero que no lo preveyeron.



7. El pitido más largo que se haya escuchado.

Nadie lo advirtió desde un principio, pero luego todos empezaron a coincidir que sonaba un pitido extraño en el oído, algunos solo en la izquierda, otros en la derecha, pero nunca en ambos. A ese fenómeno natural lo conocemos como tinnitus, el pitido que se produce inexplicablemente en el oído. Pero este pitido era de otra naturaleza. A ratos era imperceptible, pero luego sonaba en un tono agudo que para muchos era una molestia, para otros lo asimilaron como un ruido más. Ese pitido era una queja. Era un llanto. Era el sonido de ambas galaxias debido a

la colisión. Aquel pitido contenía los planetas destruidos, las estrellas apagadas y los choques frecuentes entre rocas, polvo, gases, láseres, plutoides contra asteroides y todo aquello que colisionaría durante años. En varias colonias lunares, pese a mantener una distancia rlativa una de la

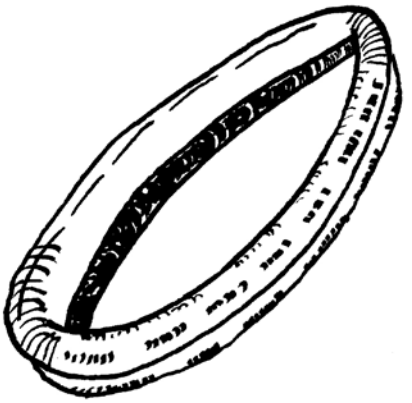


otra, lograban escucharlo. En dos exoplanetas también algunos human-exs lograron percibirlo. No había forma de acallarlo. Solo restaba hacerse la idea de que tarde o temprano dejaría de sonar, de acostumbrarse hasta no sentirlo. De aumentar la discriminación sonora hasta hacerla imperceptible. Eso ocurría con algunos. Para otros, que contaban con una hiperaudición, era un martirio escuchar el claro pitido en sus oídos internos. Nada se podía hacer: no existía un remedio adecuado si era una suerte de canal interiorizado por el que se quejaban ambas galaxias y hacían llegar su agudo llanto a todo aquel que tuviera oído. De nada servía cubrir las orejas con algún material suave, el pitido se introducía por igual.

¿Cuánto tiempo iba a durar la colisión? Pues eso, varios años. Varios años asegurado de tinnitus intergaláctico, qué otra cosa podía ser.

8. Al pie de la frontera de todo.

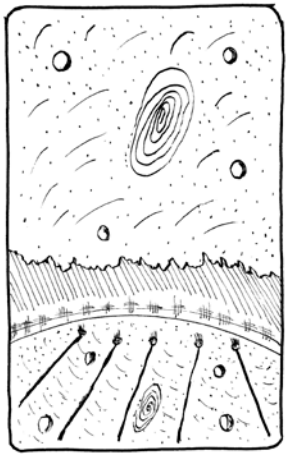
No hay poema alguno que aborde la infinitud de los hechos que presencio, inerte e impotente, desde la estrechez de mi nave, testigo mudo de todo lo que acontece presencialmente a varios miles de kilómetros de donde me ubico. Las estrellas se mueren y desaparecen, la galaxia antaño conocida por Andrómeda es hoy una deformidad tras la colisión con otra similar llamada Vía Láctea. En medio del caos de polvareda y gases, masivos asteroides desorbitados mas el pitido que incesante se escucha día tras día, todo lo que alguna vez fue lo de siempre, hoy se está desnaturalizando, perdiendo su estructura y hegemonía dentro de lo que mal llamamos universo.

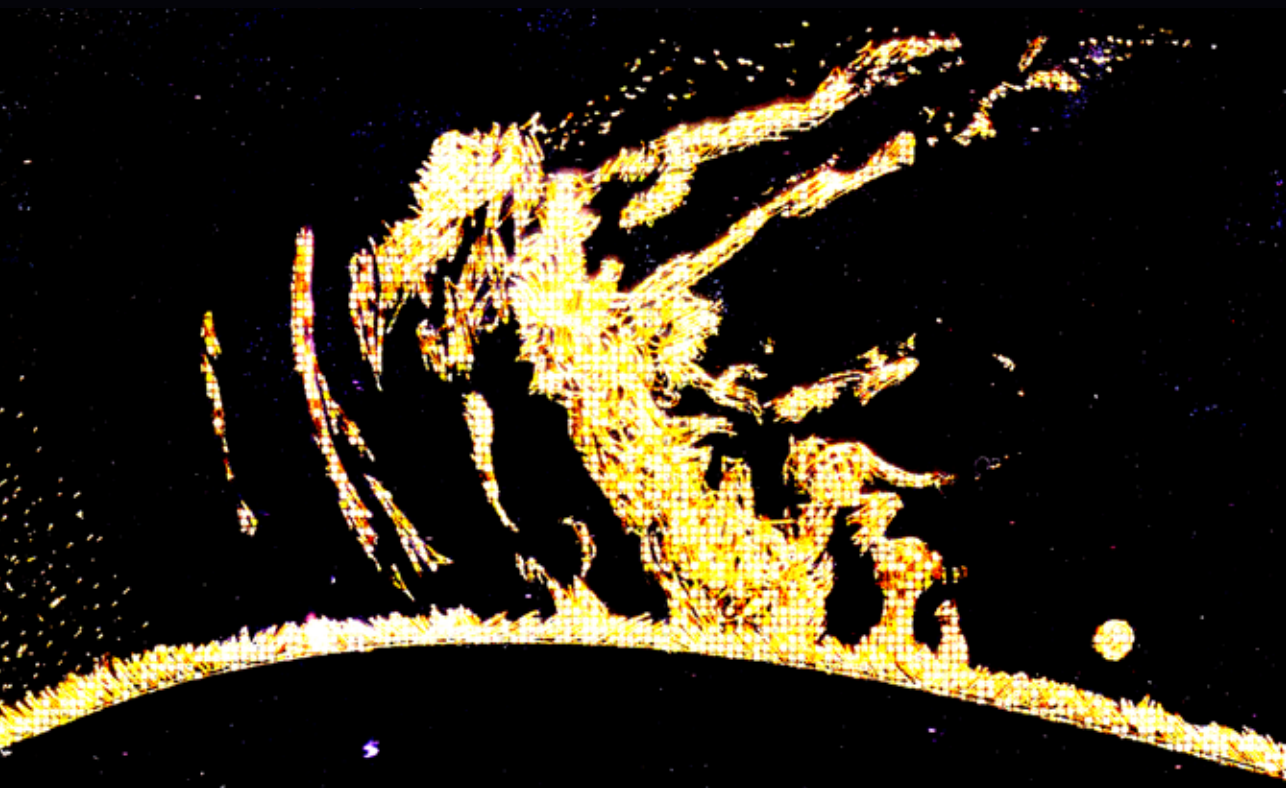


By Hamm
2024

Indice

1. Contemplando el cielo..... 03
2. Los últimos en irse en la última nave construida..... 07
3. Los pocos que se quedaron hasta desintegrarse la Tierra..... 20
4. Los que verán la Tierra destruirse desde una colonia lunar..... 32
5. Los que ven desde una nave lejana, el lento espectáculo de la formación de Lactómeda..... 40
6. Los que no lograron irse con la teletransportación masiva..... 44
7. El pitido más largo que se haya escuchado..... 52
8. Al pie de la frontera de todo..... 55





MANO IZQUIERDA EDITORES